
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
SANGRE ROJA, SANGRE MUERTA
BURTON HARE

«Repentinamente, el médico se fijó en la mano derecha del cadáver. Los dedos estaban rígidos, contraídos de tal forma que semejaban una zarpa pronta a descargar su golpe. Al mismo tiempo se le antojaron retorcidos y sarmentosos, como si el hombre hubiera padecido alguna suerte de deformación reumática aguda. Sólo que eso se le antojó punto menos que imposible a la edad que aparentaba el individuo muerto.

Un tanto intrigado, el doctor Boland abandonó la sombría estancia. Notaba una extraña sensación jamás experimentada, algo como una inquietud infundada, una tensión nerviosa capaz de alterar su plácida personalidad.

Dejó todo preparado para el análisis, anotó unas instrucciones para la joven enfermera analista y, cansado, se acostó.

Ni siquiera en sueños pudo librarse de la incomprensible inquietud que ya antes le sorprendiera.

La inquietud que era el inicio de la pesadilla».



Burton Hare

Sangre roja, sangre muerta

Bolsilibros: Selección Terror - 159

ePub r1.1
xico_weno 03.09.16

Título original: *Sangre roja, sangre muerta*
Burton Hare, 1976
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Debía estar borracho! —Lloriqueaba el conductor del coche—. ¡Les digo que estaba borracho!

El *sheriff* y el médico cambiaron una mirada.

El *sheriff* se llamaba McKenna, era de mediana estatura y le faltaba poco para el retiro, lo que equivale a decir que tenía experiencia.

—De modo que borracho —gruñó—. Y usted lo aplastó bajo las ruedas de su coche.

—¡No pude hacer nada para evitarlo!

—¡No me chille! Ni el doctor ni yo somos sordos.

El histérico conductor ahogó un quejido. Luego dijo con voz más débil:

—El tipo salió de un seto, a la derecha de la carretera. No lo vi hasta que estuvo delante de las luces del coche. Se tambaleaba y yo traté de esquivarle… ¡Dios bendito! Entonces dio un traspié y cayó justo hacia donde yo trataba de apartarme con el coche…

—Y lo hizo migas.

—¡No hable así, por Dios!

El médico terció en el diálogo.

—Sea como sea, el hombre está muerto. Las ruedas le pasaron por encima después de que el coche le golpeó. ¿A qué velocidad conducía usted?

—Estaba lloviendo y había niebla… No iría a más de sesenta, seguro.

El *sheriff* se encogió de hombros.

—De cualquier modo, usted lo mató. Va a tener dificultades, señor Bryant, aunque resulte que el pobre hombre se colocó él solito bajo las ruedas del auto.

El tal Bryant asintió con un gesto abatido.

—¿Piensa detenerme, *sheriff*?

—¿Adónde se dirigía usted?

—Mi meta era Santa Fe. Soy viajante de comercio…

—Bien, no creo que sea necesario meterle en una celda. Pero habrá de quedarse en la población un par de días por lo menos. ¿Me da su palabra de no marcharse hasta que yo le autorice?

—Se lo prometo.

—Podrá alojarse en el hotel. De todos modos, el guardabarros de su coche roza con la rueda, así que podrá hacerlo reparar entre tanto.

Bryant no pudo contener un suspiro de alivio. Estaba lívido y sus manos temblaban lastimosamente.

—Se lo agradezco —balbuceó—. En toda mi vida no había tenido un accidente…

—Pues el primero ha sido de categoría, amigo.

—¿Puedo irme ya?

—Seguro. Pero no se aleje mucho del hotel por si le necesito.

Cuando el alterado automovilista hubo desaparecido, el médico comentó:

—El pobre tipo está al borde de una crisis nerviosa.

McKenna encendió un cigarrillo.

—Creo que dice la verdad. El fulano debía estar borracho para meterse materialmente bajo las ruedas del coche. Lo que me intriga es otra cosa, doctor.

—¿Qué cosa?

—¿Quién era el muerto, de dónde procedía, cómo había llegado hasta ese punto de la carretera?

—Ya veo…

—No lleva documentos, ni llaves, ni dinero, ni tabaco. Nada de nada.

—Eso sí que resulta extraño, Mac.

—El lugar del atropello dista casi tres millas del pueblo, en pleno páramo, No hay casas, ni ranchos por aquellos parajes. Y el tipo iba a pie. Además, era forastero. No pudo descender del cielo como un marciano, digo yo.

—Aún hay otro punto intrigante —sugirió el médico.

—Suéltelo, doctor, y acabemos.

—No advertí olor a alcohol cuando lo examiné, antes de

cargarlo en la ambulancia. No apestaba a *whisky* ni a otro licor cualquiera. No obstante, el automovilista afirma que la víctima estaba borracha. Claro que puedo equivocarme, pero…

—Ya veo… ¿Cuándo le practicará la autopsia, doctor?

—Por la mañana. Aunque extraeré un poco de sangre esta noche para su análisis.

Un trueno estalló en medio de las tinieblas, tan violento que hizo retemblar los cristales de las ventanas.

—Una noche divertida para andar rastreando carreteras —refunfuñó el *sheriff*—. Voy a acostarme y al diablo con todo esto.

—Se hace usted viejo, Mac.

—¿Y usted no?

Los dos hombres se separaron.

Fuera, la tormenta arreció. Los chispazos de los relámpagos desgarraban las nubes en medio del crepitar del trueno y el chapoteo de la lluvia.

Mientras cerraba la puerta de su oficina, McKenna pensó sombríamente que ésa era una noche ideal para entendérselas con cadáveres y conductores histéricos.

Era una noche ideal para morir…

* * *

El doctor Boland extrajo la sangre precisa para su análisis y dio un vistazo al empapado cadáver que yacía sobre la siniestra mesa de disección.

Correspondía a un hombre de unos treinta y cinco años a lo sumo, delgado y de aventajada estatura. Un lado de la cara aparecía aplastado, con esquirlas de hueso asomando por entre los desgarros.

El brazo izquierdo estaba retorcido a causa de las fracturas y en general todo el cuerpo mostraba las huellas del atroz accidente que le había costado la vida.

Repentinamente, el médico se fijó en la mano derecha del cadáver. Los dedos estaban rígidos, contraídos de tal forma que semejaban una zarpa pronta a descargar su golpe. Al mismo tiempo se le antojaron retorcidos y sarmentosos, como si el hombre hubiera padecido alguna suerte de deformación reumática aguda. Sólo que eso se le antojó punto menos que imposible a la edad que aparentaba el individuo muerto.

Un tanto intrigado, el doctor Boland abandonó la sombría estancia. Notaba una extraña sensación jamás experimentada, algo como una inquietud infundada, una tensión nerviosa capaz de alterar su plácida personalidad.

Al salir a la puerta del pequeño depósito mortuorio del no menos pequeño hospital local, contempló la cortina de lluvia, la niebla que flotaba a ras del suelo y la impenetrable oscuridad.

Fastidiado, corrió hacia su coche y partió con precaución hacia su casa. Notaba el desasosiego incomprensible que le asaltaba desde que entrara en contacto con aquel cuerpo maltrecho que dejara cubierto por una blanca sábana.

En su pequeño y bien utillado laboratorio dejó todo preparado para el análisis, anotó unas instrucciones para la joven enfermera analista y, cansado, se acostó.

Ni siquiera en sueños pudo librarse de la incomprensible inquietud que ya antes le sorprendiera…

La inquietud que era el inicio de la pesadilla.

CAPÍTULO II

Había dejado de llover, pero las nubes bajas no auguraban nada bueno cuando el doctor se dispuso a realizar la autopsia del cadáver.

Boland era un hombre meticuloso hasta la exageración. Descubrió la cabeza y con un gesto indicó a su ayudante que limpiara aquella cara aplastada. Entre tanto, él se calzó los guantes de goma y preparó cuanto necesitaba para abrir la caja craneana.

El ayudante corrió más la sábana. El brazo izquierdo del cadáver cayó a un lado, balanceándose unos instantes fuera de la mesa.

El doctor Boland arrugó el ceño y se inclinó. Los dedos de la mano izquierda estaban deformados, retorcidos de una manera horrible.

También la piel del brazo se había arrugado y cambiado de pigmentación. Ahora tenía un color terroso amarillento, como pergamino viejo…

Estupefacto, Boland descubrió la mano derecha. En ella, aquel proceso deformativo era aún más evidente. Trató de recordar la noche anterior, cuando ya viera semejante fenómeno y llegó a la conclusión de que, en ese primer examen, sólo la mano derecha estaba afectada por aquella increíble metamorfosis.

—Cuando quiera, doctor —dijo el ayudante.

—Gracias.

Con dedos firmes practicó la incisión precisa en torno al cráneo. La intervención iba a ser tan impecable como si se tratara de una craneotomía sobre un ser vivo.

En aquel momento, una enfermera se asomó por la puerta y llamó al doctor con voz contenida.

—¿Qué ocurre? —rezongó el médico.

—Mort Selvy está aquí, doctor…

—¿Selvy?

—Su esposa va a dar a luz.

—¡Cuernos! ¿Tan pronto?

—Sería mejor que lo calmara usted, doctor.

—Ésos son los inconvenientes de ejercer en un lugarejo como éste, donde todo el mundo se cree con derecho a… Está bien, dígale que ahora mismo voy.

La enfermera desapareció. Su ayudante esperaba junto al cadáver.

—Lo dejaremos para más tarde —decidió el doctor—. Creo que es más importante traer un nuevo ser vivo a este mundo que destripar a un muerto. ¿No le parece?

—Doctor, lo que me parece es que ese término… destripar, no es propio de un profesional.

Boland se echó a reír mientras se libraba de los guantes.

—¿Acaso no es eso lo que hacemos con los desgraciados que caen en nuestras manos en las circunstancias de ése?

—Bueno, pero…

—Apague las luces cuando salga, por favor.

El ayudante le vio salir precipitadamente. Gruñó algo entre dientes, apagó las luces y ya en la puerta se entretuvo en sacar un cigarrillo.

Tras él, un leve rumor le hizo volverse en redondo. No había allí nada factible de producir ruido alguno.

Volvió a encender la luz. Excepto la forma cubierta por una sábana, no había nada excepto él que pudiera moverse.

Y el cadáver no iba a moverse, por supuesto.

Apagó las luces y cerró la puerta al salir.

El rumor se elevó de nuevo. Algo como un leve quejido.

La blanca sábana se estremeció en la penumbra.

Luego se alzó, poco a poco, una forma rígida bajo la blanca tela.

Las manos de dedos retorcidos como sarmientos aparecieron atrapando la sábana y apartándola a un lado.

El torso maltrecho y desnudo del cadáver quedó al descubierto, así como la cabeza. De la incisión que el doctor había practicado en torno al cráneo brotaba una gota de sangre sobre la ceja derecha.

El único ojo de aquella horrible carátula cobró vida repentinamente, mirando en torno desorbitado. El otro había sido

aplastado junto con el parietal.

Pasaron unos segundos durante los cuales el cuerpo quedó inmóvil. Sólo el ojo lo observaba todo alrededor como si tuviera la facultad de penetrar las tinieblas, de ver a través de la oscuridad.

Tras esto, de un zarpazo, arrojó la sábana a un lado y colocó los pies descalzos en el suelo.

Caminó rígido, despacio, lo mismo que un autómata, cual si estuviera sumamente desconcertado por hallarse en un lugar que desconocía.

De su boca rota surgió un bronco murmullo. Luego, se miró de arriba abajo, un cuerpo desnudo y roto, y el murmullo gutural se convirtió casi en un rugido.

Comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro, gruñendo; se miró las manos contrahechas por la increíble deformación y al fin se quedó inmóvil, apoyado en la mesa.

En la oscuridad, diríase que el maligno ojo solitario destellaba con la diabólica luz del infierno.

* * *

La enfermera levantó la cabeza, sorprendida. Le había parecido oír ruido en la sala de disección, sólo que allí no había quedado nadie. El ayudante acababa de marcharse detrás del doctor Boland.

Escuchó enarcando las cejas. Ya no le cupo ninguna duda. Algo había resonado allá dentro.

Ni por un instante sintió miedo. Sabía que un cadáver reposaba en la sala, pero un cadáver no puede producir el menor ruido, así que no se asustó en absoluto. Unicamente pensó en una posible explicación lógica al tiempo que se levantaba.

¿Un gato quizá? Era posible que un minino se hubiera colado sin ella advertirlo.

Abrió la puerta de la oscurecida sala y tanteó en busca de la llave de la luz.

Cuando ésta se encendió, la muchacha abrió la boca horrorizada, sólo que el mismo horror le impidió gritar.

Sintió como si las piernas no pudieran sostenerla. Se tambaleó, apoyándose en la pared que había a sus espaldas, mientras sus ojos desorbitados eran incapaces de apartarse de la pavorosa visión del cadáver destrozado moviéndose torpemente.

No podía creerlo. Luchó por salir del paralizante horror y retroceder, O gritar.

Vio avanzar paso a paso a aquel hombre con un solo ojo. Le vio tender los retorcidos brazos, aquellos brazos como sarmientos arrugados… cual si le suplicara… como si pidiera ayuda…

El ojo brillaba de un modo pavoroso, alucinante. Un torpe gruñido brotaba de los labios aplastados y rotos.

Al fin, la joven enfermera recobró la voz y el alarido que profirió fue tan agudo que pareció incluso atravesar sus propios tímpanos.

De pronto recobró también el uso de sus miembros. Dio un salto de costado tratando de ganar la puerta…

Demasiado tarde. Una de aquellas garras la atrapó por el vestido. La tela se desgarró de arriba abajo, entorpeciendo sus movimientos…

Él no parecía agresivo. Trataba de decirle algo. Ella le golpeó con los puños apretados, enloquecida, frenética. Sintió bajo su mano la blanda masa de la cara aplastada y todo empezó a girar a su alrededor.

Las zarpas extrañamente rígidas la sujetaron. Se hincaron en su piel desnuda, desgarrándola. Entonces perdió el conocimiento y se desplomó.

Las garras del extraño monstruo no pudieron sostener el peso inerte de la muchacha y ella rodó por el suelo, mientras él retrocedía a trompicones, tropezaba con la mesa y, tras un último gruñido lastimero, acababa por caer también hecho un deforme ovillo junto a las cromadas patas de la mesa de disección.

Así fue como los encontró el doctor Boland cuando, mucho más tarde, regresó dispuesto a realizar de una vez la autopsia del cadáver.

CAPÍTULO III

—Lo crea usted o no —dijo el médico con voz ronca—, la pobre Bessie ha muerto de miedo.

El *sheriff* dio un respingo, incrédulo.

—¿Bromea, doctor? —balbuceó—. No sabía que una persona pudiera morir de miedo. Usted dijo en un principio que la chica había sufrido un fallo cardíaco o algo así.

—Ésa fue la causa material de la muerte, pero el miedo paralizó su corazón…

McKenna se pasó furiosamente la mano por la cara.

—¡Increíble! —bufó—. La enfermera muerta, y el cadáver tirado en el suelo por algún loco indecente que…

—No, Mac.

La voz del doctor había sonado muy suave.

—¿Qué?

—Nadie tiró el cuerpo.

—¡Pero hombre…!

—Se cayó él solo.

McKenna se enderezó en el sillón. Achicó los ojos y miró al médico de manera un tanto preocupada.

—Oiga, doc. ¿Cuántas horas lleva sin dormir? O quizá ha bebido demasiado a raíz de todo este lío… ¿Es eso?

Con voz forzadamente tranquila, el médico replicó:

—A Bessie le desgarraron el vestido. Le arañaron el cuerpo, unos arañazos profundos, como zarpazos de un animal. Bueno, hay restos de piel de Bessie en las uñas del cadáver, Mac. Y está sufriendo una pavorosa transformación…

El *sheriff* abrió la boca espantado y se olvidó de cerrarla durante un buen rato.

El doctor aprovechó para añadir:

—No me pregunte qué sucedió ni cómo, porque lo ignoro. El desgraciado estaba perfectamente muerto. Le realicé un corte alrededor de la cabeza hasta el hueso, tiene la cara aplastada, la caja torácica más aplastada todavía, con las costillas hundidas en los pulmones. Un brazo roto por tres…

—¡Cierre el pico!

La voz del *sheriff* sonó como un balido.

Boland aprovechó para encender un cigarrillo. Exhaló el humo hacia el techo y murmuró:

—Además, la sangre también ha resultado una sorpresa perfectamente increíble. Apenas tiene glóbulos rojos. Es sangre descompuesta, muerta…

—¡Cállese, por amor de Dios! ¿Quiere decirme solamente qué diantres está sucediendo con esa carroña?

—Venga y lo verá.

McKenna le miró sospechosamente.

—¿Le ha practicado la autopsia?

—Sí.

—¿Y…?

—Nada. Murió aplastado por el coche. No había bebido una gota de alcohol ni comido nada en veinticuatro horas como mínimo. Por lo demás, hay algo en ese cadáver que no comprendo. La sangre, y esa transformación…

—Pero, hombre, ¿qué transformación?

—Acompáñeme, Mac.

A regañadientes, el *sheriff* se fue tras el doctor.

El cuerpo estaba sobre la mesa de disecciones. Si antes estaba en mal estado, después de la autopsia su aspecto había empeorado espantosamente.

Pero no era eso lo que puso los pelos de punta a McKenna, sino todo lo demás.

Brazos y piernas estaban apergaminados, retorcidos como troncos de un viejo olivo. El torso aplastado parecía haberse deformado como si cada músculo, cada hueso, hubiera querido separarse en direcciones opuestas unos de otros…

McKenna retrocedió horrorizado.

El doctor volvió a cubrir el cadáver con la sábana, que ahora tenía manchas de sangre, y le siguió.

Conteniendo las náuseas, el *sheriff* balbuceó:

—Usted es médico, Boland… forzosamente debe saber a qué obedece ese fenómeno…

—Soy médico, en efecto, pero no brujo. Lo ignoro, Mac, créame.

—Sin embargo, usted me dijo que cree realmente que el cadáver atacó a Bessie…

—Es la única explicación posible en vista de las evidencias.

—O sea, que según usted, no estaba muerto, ¿eh?

—Estaba clínicamente muerto.

—¡Maldita sea mi estampa! Entonces, ¿cómo se movió? Es más, doc; si estaba lo bastante vivo como para atacar a la enfermera, ¿cómo no ha dado señales de vida cuando usted le ha practicado la autopsia? Si hubiese conservado un átomo de vida el dolor le hubiera hecho saltar. ¿O no?

—Ciertamente.

—Y no se quejó.

—No, claro que no.

—Entonces, estaba muerto.

El médico se encogió de hombros. Estaba terriblemente desconcertado y preocupado.

—Tengo un dolor de cabeza monumental —confesó al fin—. Nunca en mi vida me había sentido peor, así que dejemos de discutir. Hay que tomar una determinación con el cuerpo, y hablar con el coroner respecto a la encuesta sobre las dos muertes.

—Sí, claro. Mi opinión es que habría que enterrarlo cuanto antes y acabar así con esta pesadilla.

Se despidieron poco después. El doctor notaba una extraña debilidad en las extremidades. Se dirigió a su consultorio para ingerir cualquier medicamento que le aliviara, pero estaba tan preocupado que su creciente malestar quedaba relegado a un oscuro segundo plano.

* * *

La opinión del *sheriff* prevaleció y el cadáver del desconocido, convertido ya en un amasijo informe debido a la espantosa deformación cada vez más aguda, fue enterrado al día siguiente.

Lloviznaba y la temperatura resultaba bochornosa a causa de la intensa humedad. El *sheriff* corrió hacia su coche tan pronto hubo

terminado la ceremonia fúnebre.

Condujo bajo la lluvia hacia la casa del médico y encontró a éste macilento y ojeroso.

—Ya está —anunció—. Lo hemos sepultado y nadie ha podido verlo. De este modo se ha evitado una oleada de comentarios, y quién sabe si también de pánico. La gente es excesivamente impresionable, usted lo sabe… Bueno, ¿qué diablos le sucede, doctor? Tiene usted un aspecto lamentable.

—No lo sé. Jamás me había sentido peor en toda mi larga vida.

—Lo que usted necesita es un buen descanso, doc. A veces olvida que ya no es un jovenzuelo. Si no me equivoco, usted y yo andamos por los mismos años, ¿eh?

—¿Qué ha sido del automovilista, Mac? —preguntó Boland a su vez.

—Le di permiso para marcharse. El juez estuvo de acuerdo en que él no era responsable, aunque nos quedamos sus señas por si surgieran complicaciones más adelante. Oiga, doctor, me preocupa su aspecto, de veras. ¿Por qué no se acuesta durante un par de días y se toma un buen descanso? Sus ayudantes podrán atender el trabajo entre tanto.

—Creo que es lo que haré. Las piernas apenas pueden sostenerme. Adiós, Mac.

Un tanto inquieto, el *sheriff* se dirigió a su oficina. Con el crepúsculo, los relámpagos desgarraron las nubes y la lluvia se hizo más densa, sombría y amenazadora si cabe.

De esa cortina de lluvia surgió el horror y la muerte.

CAPÍTULO IV

Caminaban chapoteando en el barro y la lluvia, sombras informes en la oscuridad.

Se detuvieron en una esquina, como si escucharan el zumbido del viento y el canto del agua al desplomarse de los tejados. Una luz en lo alto de un poste difuminaba los contornos.

Ambos hombres reanudaron su camino dejando atrás las casas de la población hasta detenerse en la que se alzaba, aislada, en el centro de un buen cuidado jardín, ahora inundado por la lluvia que caía insistente.

La oscuridad era absoluta, impenetrable más allá de unos pasos. Los dos intrusos cruzaron la verja y el jardín hasta detenerse junto a una ventana del *bungalow*.

Tras una vacilación, se deslizaron pegados a la pared hasta un amplio ventanal practicable. Estaba cerrado y una cortina al otro lado de los cristales velaba el interior. No había una luz en toda la casa.

Uno de los asaltantes volteó el brazo, y descargó un golpe contra el cristal. Hubo un sonoro estallido que resonó entre el monótono ruido de la llovizna y el susurro del viento entre el ramaje de los árboles.

Abrieron el ventanal y ambos penetraron en la casa. Dentro de ella una voz gritó:

—¿Quién está ahí?

Al mismo tiempo, por la puerta de la estancia centelleó la luz del pasillo.

Ambos intrusos caminaron sin prisas, como autómatas, hacia la luz.

El doctor Boland estaba en la puerta de su dormitorio. Tenía el rostro macilento y vestía un pijama empapado de sudor.

Primero vio las formas imprecisas de los dos hombres y soltó un juramento.

—¿Qué diablos…? ¡Salgan de aquí! —gritó.

Siguieron adelante como si no le hubieran oído.

Fue entonces que la luz procedente del dormitorio los inundó y Boland creyó que era víctima de una pesadilla.

Los dos seres que se le aproximaban paso a paso, moviéndose como autómatas, eran semejantes, en cuanto a su monstruosa deformación, con el cadáver que habían enterrado aquella misma tarde. Apenas conservaban una ligera apariencia humana. Todos sus miembros estaban retorcidos, contrahechos. Tanto la piel de sus caras como la que podía ver de sus brazos y cuello mostraba una pigmentación terrosa, y estaba arrugada como un pergamino viejo.

—¿Qué… qué quieren? —balbuceó, aterrado.

No le replicaron. Sólo de la garganta de uno surgió un sordo gruñido sin el menor parecido con una voz humana.

Boland retrocedió hacia el dormitorio. La debilidad que le aplastaba se agudizó si cabe a impulsos del miedo. Nada de todo aquello tenía explicación, era una pesadilla, algo increíble…

Le acorralaron en un rincón. Sentía su frente arder a causa de la fiebre, pero ningún dolor físico podía compararse con la aterradora sensación de vértigo que experimentaba.

Uno de los asaltantes tendió sus deformes garras y le atrapó por la pechera del pijama, atrayéndole irremisiblemente, El médico trató de reaccionar. Golpeó alocadamente aquella cara monstruosa en la que brillaban unos ojos de una fijeza espantosa. Se debatió recurriendo a todas sus fuerzas.

El otro le agarró entonces por los cabellos, doblándole la cabeza, tirando salvajemente hacia atrás. Sus golpes se perdieron en una vorágine de increíble brutalidad.

Consiguió hundir el pie en el bajo vientre del que tenía delante y aquel ser infernal se fue dando tumbos hasta estrellarse contra una cómoda, que derribó con estrépito. El espejo se hizo añicos al mismo tiempo.

Boland, frenético, se revolvió entre las garras del otro y golpeándole como jamás se creyó capaz de hacerlo logró soltarse de la mortal presa.

Jadeando, retrocedió cuando el monstruo tendió de nuevo sus

zarpas rígidas y agarrotadas. Derribó una silla, trastabilló y una vez más logró esquivar aquellos dedos como sarmientos que se tendían hacia él, inexorables como la muerte.

En el mismo instante, por detrás, el otro le atrapó por el cuello. Los dedos sin forma semejaban garfios de acero hincándose con inaudito salvajismo en su garganta.

Boland se sintió morir. Los pulmones le estallaban, y el pánico le paralizaba por instantes.

El monstruo que tenía delante le cayó encima entonces, descargando terribles zarpazos, mientras el dolor y el fuego parecían arder en sus resecos pulmones… todo empezó a girar, esfumándose delante de sus ojos inmensamente abiertos.

Fue una locura sangrienta que se desarrolló en medio del frenético retumbar del trueno, como si la tempestad quisiera hacerse cómplice de los horrendos asaltantes.

El doctor Boland murió en medio del caos, el pavor y la incomprensión más absoluta.

Cuando los dos monstruosos asesinos se fueron, llevándose en volandas el cuerpo sin vida del médico, ni siquiera se molestaron en apagar las luces.

* * *

Las luces seguían encendidas cuando a última hora de la mañana, el *sheriff* y dos jóvenes médicos del hospital contemplaban el destrozado dormitorio, revuelto y ensangrentado, que sirviera de escenario al crimen.

Uno de los internos gruñó:

—Está todo exactamente igual que lo encontramos, McKenna… Vinimos a visitar al doctor porque nos extrañó que no diera señales de vida en toda la mañana… Bueno, así estaba el dormitorio.

—¡Dios! Y toda esa sangre…

McKenna descolgó el teléfono y llamó a sus ayudantes. Luego añadió, dirigiéndose a los dos médicos:

—Tomen muestras de esta sangre y traten de averiguar si pertenece al doctor. Él se ocupa del laboratorio de medicina legal, así que alguno de ustedes habrá de ocupar su puesto en estos momentos. ¿Tienen ficha del tipo de sangre del doctor Boland?

—Todo el personal del hospital la tiene. ¿Qué piensa usted

hacer, *sheriff*?

—Investigar, por supuesto. No cabe duda que aquí se desarrolló una lucha feroz, ya que alguien se llevó al doctor, vivo o muerto, pero se lo llevó. Trataremos de encontrarlo, por supuesto.

Sólo que eso no pasaba de ser una simple frase.

Cuando cerró la noche, el *sheriff* hubo de reconocer que no había adelantado un paso. No había huellas en tomo a la casa, la lluvia las había borrado. No encontró ni un solo rastro que pudiera servirle de punto de partida.

Durante los dos días siguientes, ayudado por partidas de voluntarios, rastrearon millas y millas de terreno en torno a Desert City, recorriendo el bosque que se desparramaba hasta las montañas por el norte; internándose en el desierto que se extendía al sur, desolado y muerto, y sobre el cual apenas habían caído unos ligeros chaparrones.

—De haberlas habido —explicó el *sheriff* aquella noche en el bar —, hubiésemos encontrado hasta las huellas de un simple lagarto en el arenal. Pero no había nada.

—No pueden habérselo llevado volando —replicó uno de los presentes, malhumorado—. Y menos en una noche de tormenta.

—No sé cómo pudieron llevárselo ni por qué, Joe. ¡Ojalá lo supiera! —Suspiró McKenna—. El caso es que ha desaparecido y que hasta el momento no disponemos ni de una maldita pista.

Otro de los bebedores en esa noche de calma que en nada recordaba las tormentosas de unos días antes comentó preocupado:

—Me pregunto qué haré ahora con el encargo que el doctor me había hecho… No es nada que vaya a comprarme la gente de por aquí.

Apenas le hicieron caso. Era el propietario de un gran almacén, con relaciones en todas las grandes ciudades del Estado y de fuera de él.

Sólo el *sheriff*, tras encender un cigarrillo, indagó:

—¿Qué te había encargado?

—Un contador.

—¿Un qué?

—Un «Geyger».

Perplejo, McKenna le miró con el entrecejo arrugado.

—¿Para qué sirve eso?

—Hombre, no lo sé muy bien, pero creo que está relacionado con las radiaciones o algo así.

—¿Y te lo encargó el doctor precisamente?

—Ni más ni menos. Vino a última hora de la tarde. Parecía extremadamente cansado y macilento. Me hizo el pedido para que yo le trajera ese chisme cuanto antes, y ya no he vuelto a verle.

—Me pregunto para qué diablos querría el doctor un contador de ésos…

El *sheriff* pidió otra bebida mientras a su alrededor continuaban los comentarios referidos a la desaparición del médico. Dio un sorbo al nuevo vaso cuando otro de los contertulios dijo:

—Todo el mundo apreciaba al doctor en este territorio. Había hecho favores a todo aquel que le necesitó alguna vez… y me refiero a los años malos, cuando el doctor era aún joven… años de sequía, de plagas de langosta… ¿Vamos a dejar que desaparezca ahora sin hacer nada para encontrarlo?

—Cálmate, Toby —gruñó McKenna—. Estamos haciendo todo lo que podemos y tú lo sabes. Formaste parte de la patrulla que rastreó conmigo la comarca. Mañana saldremos otra vez, y pediré ayuda a la policía del Estado para que manden un helicóptero. ¿Qué más piensas tú que se podría hacer?

El hombre desvió la mirada, indeciso.

—La verdad es que no lo sé, Mac —confesó.

—Entonces, no pierdas la calma. Deseo que al alba todos los que quieran tomar parte en las batidas se concentren delante de mi oficina. ¿Comprendido? Ocúpate de que corra la voz.

McKenna dejó unas monedas sobre el mostrador, se despidió y abandonó el bar muy preocupado.

Él también apreciaba al doctor Boland. Le apreciaba profundamente. Habían envejecido juntos en estas duras tierras, viendo crecer la ciudad, desparramarse casa tras casa. Habían compartido las largas veladas bebiendo, jugando a cartas o, simplemente, hablando de sus recuerdos.

Cuando se acostó, tenía la corazonada de que no encontrarían al doctor ni a la mañana siguiente ni ningún otro día.

Al menos, vivo.

CAPÍTULO V

Le despertaron unos golpes en la puerta como si alguien quisiera echarla abajo.

McKenna parpadeó, comprobando que estaba completamente oscuro todavía.

Miró el reloj de esfera luminosa y advirtió que pasaban justamente tres minutos de las dos de la madrugada.

Los golpes en la puerta se repitieron, apremiantes.

—¡Ya voy! —rugió, saltando del lecho.

Se enfundó en los pantalones y descendió las escaleras.

Abrió la puerta y se encontró ante un individuo delgado, de piel cetrina y mirada desorbitada.

El *sheriff* dejó escapar un resoplido.

—¡Maldita sea, Hooper! ¿Qué te pasa, se te han insolentado tus huéspedes o qué?

—*Sheriff*… la tumba…

—Calma, Hooper. ¿De qué estás hablando?

El hombre apenas tenía aliento para articular las palabras. Parecía a punto de sufrir un acceso de histeria.

—¡La profanaron, eso es lo que quiero decirle! —soltó al final, como si se quitara un gran peso de encima.

McKenna dio un respingo.

—Veamos si nos entendemos. ¿Quieres decir que alguien ha profanado una sepultura?

—¡Sí, sí, eso es exactamente lo que ha ocurrido!

El *sheriff* apenas podía creerlo.

—Eso no había sucedido nunca en este territorio desde que yo tengo uso de razón —gruñó, furioso—. ¿Cuándo lo hicieron?

—Supongo que esta misma noche… Ayer tarde estaba intacta…

—¿Supones? —Bufó McKenna—. Yo también supongo que eres

el guardián del cementerio. ¿Es que no te diste cuenta de si había intrusos en él o qué?

—Mire, McKenna… No acudí a mi puesto hasta casi las doce y media. Tengo a Julie muy grave, no sé si lo sabe usted… Me quedé con ella hasta que mi hija regresó de su trabajo en la taquilla del cine… Entonces tomé una taza de café y me marché. Hace una noche espléndida, ¿sabe usted? De modo que di un recorrido y así descubrí la tierra revuelta y todo esparcido alrededor… alrededor de la fosa.

—¡Maldita sea! Era lo único que nos faltaba… profanadores de tumbas. ¿Quién estaba enterrado allí?

—Ese forastero que murió en un accidente de coche.

McKenna dio un salto y sintió un frío glacial en todos sus miembros.

—¿«Ése» es el muerto al que visitaron los asaltantes? —refunfuñó, sumamente intrigado.

—Sí, *sheriff*.

—Me pregunto qué andarían buscando. No se enterraron joyas con él precisamente… Espérame, Hooper. Iremos a dar un vistazo.

Corrió al dormitorio y acabó de vestirse, con un vago temor impreciso dominándole. Se ciñó el cinto con el revólver, buscó el sombrero y salió de la casa.

—¿Con qué viniste, Hooper? —Gruñó.

—A pie… y corriendo como alma que lleva el diablo.

—Bueno, iremos en el coche oficial. Sube.

Partieron zumbando hacia el cementerio, que se extendía sobre una ondulada planicie, al este del bosque.

Había suaves prados de césped, árboles de hoja perenne, y el blanco de las lápidas y mausoleos chispeaba aquí y allá bajo los rayos de la luna.

La sepultura estaba medio vacía de tierra, y ésta había sido esparcida en tomo sin miramientos. McKenna se quedó mirando el estropicio con ojos estupefactos.

Fue al coche y regresó con una potente linterna eléctrica, cuya catarata de luz dirigió al fondo de la tumba.

En un extremo de la oquedad brillaba un pedazo de madera barnizada.

—¡Dios bendito! Han roto el ataúd —jadeó, furioso—. Creo que

será mejor que traigas un par de palas y veamos qué es lo que han hecho realmente…

Hooper se fue trotando, mientras McKenna encendía un cigarrillo, resoplando de ira mal contenida.

El guardián del cementerio regresó poco después trayendo, además de las palas, otra potente luz que instalaron alumbrando el suelo.

Los dos hombres empezaron a sacar tierra, con ánimo de reparar lo mejor posible el ataúd.

Lo que vieron les dejó helados.

El ataúd había sido roto y astillado de mala manera.

Pero eso no era lo más aterrador del caso, sino el hecho de que estuviera vacío.

—¡El cadáver! —jadeó McKenna, temblando.

—¡Se lo llevaron!

Cambiaron una mirada aterrada. Luego, McKenna, haciendo un duro esfuerzo para recobrar la serenidad, refunfuñó:

—Deben haber dejado huellas. Aquí el suelo es blando, aparte de que deben haberse puesto perdidos de tierra, así que retrocede procurando pisar sólo por donde recuerdes que pasaste antes. Cuando tengamos luz de día buscaremos el rastro de esos bastardos…

Pisando con cuidado, se apartaron de la vacía fosa silenciosos y sobrecogidos por el macabro suceso.

En alguna parte resonó de pronto el alucinante alarido de un chotacabras. McKenna se estremeció.

Un pajarraco pasó batiendo sonoramente las alas por encima de sus cabezas.

—¿Sabes una cosa, Hooper? —Gruñó el *sheriff*—. No comprendo cómo puedes pasarte las noches solo aquí.

—Hasta ahora, jamás había tenido ningún problema.

El chotacabras volvió a ulular en las tinieblas. Otro le replicó y en unos instantes sus lúgubres voces formaron un súbito concierto que ponía escalofríos en la médula de McKenna.

Luego, tan repentinamente como había empezado, la algarabía sombría de los chotacabras cesó, dejando un extraño silencio flotando en el aire quieto y templado de la noche.

Los dos hombres llegaron al pequeño pabellón del guardián y

éste encendió la luz. Ambos tomaron asiento junto a la mesa.

—¿Quiere que prepare un poco de café, McKenna?

—No, gracias. Necesito algo más fuerte que café esta noche:

Hooper trató de sonreír.

—Tengo una botella —confesó—. No suelo beber más que en contadas ocasiones, pero creo que ésta es una de las más justificadas de toda mi vida.

De modo que colocó dos vasos y una botella de mal *whisky* sobre la mesa y los dos bebieron sin cambiar palabra en un buen rato.

Al fin, el *sheriff* dijo de mal talante:

—Estoy pensando que deberé pedir ayuda a la policía de Santa Fe… Todo esto desborda mis posibilidades. Estoy francamente desconcertado.

—Oiga, hay algo que me intriga respecto a ese cadáver que se han llevado…

—¿De veras?

—Lo enterraron con mucha prisa y mucho misterio, según me parece a mí. ¿Por qué?

—Estaba en muy mal estado —murmuró McKenna, evasivo.

—¿Está seguro que fue sólo por eso? Al día siguiente enterraron también a la enfermera… La gente dice que murió de una manera muy extraña.

—El doctor dijo que sufrió un fallo cardíaco. ¿Pretendes enmendarle la plana al médico?

—Es sólo un comentario. Además, la gente empieza a preocuparse por todo esto y usted lo sabe. Y espere a que se enteren de que han robado el cadáver y…

—No lo sabrán por el momento, Hooper.

—¿Quiere decir que no va a hacerlo público?

—No hasta saber un poco más sobre todo este embrollo de los demonios. Y eso va también para ti, ¿entiendes? Ni una palabra a nadie mientras yo no te autorice a hablar.

—Ya comprendo.

Cuando el alba aclaró las tinieblas y los chotacabras callaron definitivamente, McKenna había agotado su provisión de cigarrillos, y casi también la de paciencia. En la botella no quedaban más que unas gotas de *whisky* y el guardián dormitaba sentado en una silla.

Él *sheriff* salió al exterior, mirando la tierra que iba despertando

bajo la luz naciente.

Tras él, Hooper se desperezó.

—¿Vamos a echar esa mirada? —preguntó, soñoliento.

—Sí…

Los alrededores de la fosa estaban pisoteados y revueltos. Muchas de aquellas huellas les correspondían a ellos dos, pero McKenna no tardó en descubrir otras distintas.

—¡Aquí están! —exclamó, excitado—. Voy a seguirlas hasta donde me lleven, Hooper. No dejes que nadie se acerque aquí bajo ningún pretexto.

Se fue paso a paso, sin encontrar excesivas dificultades para seguir el rastro.

No obstante, de poco le sirvió. Las pisadas terminaban en un amplio paseo de grava donde era imposible seguirlas.

Examinó la hierba del otro lado pulgada a pulgada, con paciencia inagotable, arriba y abajo del paseo. No pudo hallar ni la mínima señal de quienes habían profanado la sepultura del desconocido.

Descorazonado, estuvo unos minutos inmóvil, intentando averiguar cuál podía haber sido el designio de aquellos individuos llevándose un cadáver como aquél precisamente.

Fracasó en su empeño. Era un misterio que desbordaba por entero su posibilidad de comprensión.

Además, y a pesar de que McKenna no lo habría confesado jamás ni bajo tortura, comenzaba a experimentar un miedo punzante, ese temor inconcreto que suele sentirse cuando se está ante algo que desborda toda capacidad de comprensión, algo que en este caso parecía incluso rozar los límites de toda razón humana…

CAPÍTULO VI

Aquella mañana, McKenna salió de su oficina después de haber distribuido las distintas patrullas destinadas a rastrear la comarca en busca del rastro del doctor desaparecido.

No recordaba haberse sentido tan disgustado en muchos años.

Cuando acudió al restaurante donde solía desayunar todas las mañanas, vio un enorme «Cadillac» último modelo, de color cremoso, parado frente a la casa de una mujer viuda que se llamaba señora Mann, según creyó recordar.

Estaba seguro que no había ningún coche como aquél en la población. Un acorazado semejante no le habría pasado desapercibido.

Entró en el restaurante y a través de la ventana señaló el coche al propietario.

—¿Sabes a quién pertenece ese cacharro? —Gruñó.

—¡Seguro! ¿Recuerdas al hijo de la viuda?

—¿Quién?

—Sé marchó hace muchos años… Clark Mann. ¡Pero hombre, debes acordarte del muchacho…!

—Tal vez si lo viera… ¿Ha regresado?

—Y al parecer las cosas le van bien. Un auto como ése cuesta un ojo de la cara hoy en día. Bueno, ¿qué vas a tomar, lo de costumbre?

—Sí, gracias, Arty.

La señora Mann era una mujer menudita, de cabellos revueltos y grises. Vivía de una pequeña renta que le legó su esposo y al *sheriff* le constaba que era apreciada por todo el vecindario. Lo que no conseguía era captar el recuerdo de aquel hijo que al parecer había regresado después de tantos años de ausencia…

Desde luego, el coche era una auténtica joya.

Engulló el desayuno distraídamente, a pesar de que el cocinero se había esmerado cocinándole los huevos justo en el punto que le gustaban.

Estaba terminando el café cuando al otro lado de la calle vio aparecer al propietario del «Cadillac». Era un hombre de unos veintiocho o treinta años, alto, apuesto, de anchos hombros y cabeza orgullosa. Las recias facciones le trajeron al fin la imagen que hasta entonces se le había mostrado esquiva.

La anciana apareció también en la puerta de la casa, hablando con el joven.

McKenna salió a la acera y, a través de la calle, llamó:

—¡Señor Mann!

El apuesto muchacho se volvió Descubrió al *sheriff* y con un ademán de despedida a su madre se en caminó hacia McKenna con una alegre sonrisa en la cara.

—¡Mamá solía hablarme de usted en sus cartas, *sheriff*! —comentó estrechándole la mano.

—¿Desea tomar algo, ha desayunado ya?

—¡Oh, sí, acabo de hacerlo! Pero si me acepta un convite, le invito a una taza de café —terminó, riendo.

—Conforme.

Entraron ambos en el restaurante.

McKenna dijo:

—La idea me asaltó como un chispazo. Usted es médico, ¿no es cierto?

—¿Qué diablos le puede doler a un representante de la ley?

—El cargo —suspiró el *sheriff*.

El doctor Mann enarcó las cejas.

—No comprendo… ¿Puede decirme por qué me ha llamado?

—Amigo, tengo el presentimiento de que su llegada ha sido providencial. Me ha costado acordarme de usted, pero de pronto me ha venido la idea como un rayo. Sé que su madre suele hablar del hijo médico del que se siente orgullosa… ¿Le importaría decirme qué especialidad es la suya, doctor?

Por un instante, Mann titubeó. Incluso le pareció a McKenna que se disgustaba. Luego esbozó una sonrisa y dijo:

—Medicina general.

—¿Trabaja en algún hospital?

—No exactamente. Oiga, *sheriff*, ¿a qué obedece este interrogatorio?

—Discúlpeme. ¿Le ha hablado su madre de lo sucedido con el doctor Boland?

—Sólo me dijo que había desaparecido Que pensaban que alguien lo había raptado. Eso fue todo, porque hemos tenido tantos temas de que hablar… Y sólo llegué anoche, de modo que no nos sobró el tiempo.

—Claro… Oiga, usted podría echarme una mano.

—No veo cómo. Jamás fui policía.

Mann rió entre dientes mientras les servían las tazas de café.

McKenna no tenía malditas las ganas de reír.

—Escuche, doctor —gruñó—. Aquí tenemos un pequeño hospital que dirigía el doctor Boland. Hay dos médicos jóvenes inexpertos, que le ayudaban y aprendían al mismo tiempo, pero carecen de experiencia cien tífica… Apenas hace un año que terminaron la carrera. ¿Comprende?

—Me temo que no.

—El caso es que han sucedido algunos hechos asombrosos en los últimos días. El doctor Boland estaba inmerso en ellos hasta las cejas, y ha desaparecido. Ha dejado muchas incógnitas detrás suyo, misterios que me vuelven loco, lo crea usted o no.

—¿Por ejemplo…?

—¿Qué le sugiere a usted esta frase? La sangre apenas tiene glóbulos rojos. Es sangre muerta, descompuesta.

El doctor Mann le miró intrigado.

—Creo que está claro —murmuró—. Sangre muerta, en descomposición.

—¿Sangre extraída de un cadáver que apenas hacía dos horas que había muerto en un accidente de tráfico? No creo que la sangre pueda descomponerse hasta ese extremo en tan poco tiempo, pero, por supuesto, soy un perfecto ignorante al respecto. ¿Qué dice usted?

Tras un ligero silencio, Clark Mann dijo:

—Si lo que dice usted respecto al tiempo es cierto, resulta por lo menos sorprendente. ¿Le importaría ponerme en antecedentes de todo este asunto para que yo pudiera tener una idea más acertada de las circunstancias, McKenna?

—Lo haré. Estaba deseándolo, porque por lo menos usted no saldrá de aquí chismorreando con todo aquel que se cruce en su camino, sembrando el pánico. La cosa empezó con un atropello vulgar…

Estuvo relatando todo cuanto había sucedido desde que el tal Bryant había aparecido despavorido en su oficina, notificándoles que había atropellado a un supuesto borracho en medio de la lluvia y la niebla. Terminó por la última y aterradora noticia, el hecho acaecido la última noche en el cementerio.

Clark Mann le escuchó sin interrumpirle ni una sola vez. Una profunda arruga había aparecido en su amplia frente y la mirada aguda de sus ojos grises parecía chispear con reflejos acerados.

Tras un silencio, impaciente, McKenna barbotó:

—¿Y bien, qué se le ocurre, muchacho?

—Estoy desconcertado. Un médico sabe mejor que nadie que un cadáver no puede moverse, ni agredir a una mujer… ni abandonar una tumba. Y yo soy médico. ¿Disponen aún de esa sangre que el doctor analizó?

—Supongo que estará en su laboratorio.

—¿Realizó el análisis él personalmente?

—Lo ignoro. Boland tenía contratada una enfermera analista muy eficiente. Eso, ella podrá decírnoslo.

—Me intriga.

Se quedó silencioso. Mecánicamente hizo una seña al propietario del pequeño restaurante y pidió dos tazas más de café, mientras fumaba un cigarrillo.

De pronto, McKenna se sorprendió al advertir la extraña expresión del médico. Era como si repentinamente todo aquello hubiera adquirido una inusitada importanciaˆ para él, una gravedad capaz de sobrecogerle, obligándole a interesarse tan profundamente al menos como el propio representante de la ley.

Apuraron el café y el doctor Mann abonó el servicio, levantándose.

—Veamos a esa enfermera —dijo, sumamente sombrío—. Habrá de acompañarme, *sheriff*.

—Por supuesto. No está muy lejos, así que podemos ir a pie. Oiga, ese coche suyo es una maravilla. No solemos verlos tan lujosos por aquí.

—Le confieso que los coches son mi única debilidad —sonrió Clark Mann.

Caminaron por la acera recibiendo las miradas curiosas e intrigadas de la gente.

El reducido hospital se alzaba al final de una calle en cuesta bordeada de árboles. Era un edificio blanco, sencillo y funcional que no sugería en absoluto la idea del dolor y de la muerte.

—El laboratorio está en el ala este —explicó el *sheriff* mientras daban la vuelta a la esquina—. El doctor Boland había tenido mucho interés en que fuera equipado con los últimos adelantos de la ciencia. Eso provocó más de un debate en el ayuntamiento, pero él siempre se salía con la suya.

Encontraron a la enfermera encargada del laboratorio sentada detrás de una mesa de trabajo, comprobando una serie de fichas.

Era una muchacha alta, de hermoso cuerpo que ni siquiera la blanca bata impersonal conseguía disimular. Sus largas piernas tenían las proporciones precisas para resultar perfectas y Clark Mann lo apreció al primer vistazo.

McKenna hizo las presentaciones.

—Éste es el doctor Mann, Robby. Te ruego que le ayudes en todo lo posible.

Ella sonrió. Su cara era de una delicadeza de líneas sorprendente, con unos ojos profundos y tan azules como las aguas de un lago en las montañas.

—Por supuesto —aseguró—. ¿No tiene ninguna noticia aún del doctor Boland?

—En absoluto. Precisamente del misterio que envuelve su desaparición se deriva todo lo demás. ¿Realizaste tú el análisis de la sangre del cadáver del desconocido?

—En efecto.

Clark Mann intervino para indagar:

—¿Tiene aquí los resultados?

—Por supuesto. ¿Desea verlos? Fue algo totalmente inesperado y sorprendente…

—Por favor.

Ella extrajo unas fichas de un mueble metálico. Mann las examinó con creciente interés. Tras él, la hermosa muchacha explicó:

—Repetí dos veces todo el proceso porque no podía dar crédito a los resultados, tal como usted verá… Parecía imposible que pudiera resultar una carencia casi absoluta de hematíes, así como una reducción increíble de leucocitos… Menos de cuatro mil por milímetro cúbico, doctor…

—Ya lo veo.

McKenna rezongó:

—¿Pueden explicarme en cristiano qué significado tiene eso?

La enfermera se volvió hacia él:

—Mire, la sangre normal contiene unos cinco millones de hematíes por milímetro cúbico. La del cadáver no contenía ni un millón. Y en lugar de los siete mil quinientos leucocitos, mostraba menos de cuatro mil. Y el proceso de descomposición era tan veloz que en cada análisis se advertía una diferencia imposible, cada vez en menos, por supuesto.

—¿Está refiriéndose a los glóbulos rojos? —Gruñó McKenna.

—Los glóbulos rojos son los hematíes, *sheriff*. ¿Ya no recuerda sus tiempos de escuela?

—Jovencita, cuando yo iba a la escuela no perdían el tiempo enseñándonos todas estas tonterías… Yo mismo he olvidado el tiempo que hace de eso —terminó, riéndose entre dientes.

Clark Mann había palidecido tras el examen de aquellas cartulinas.

—Asombroso —murmuró—. Y ése es el cadáver que han robado del cementerio, ¿eh?

La muchacha dio un salto.

—¿Robado? —jadeó—. ¿Han robado el cadáver del desconocido?

McKenna suspiró.

—Es cierto, Robby, pero guárdate de decírselo a nadie. Es preciso que no se sepa, por lo menos de momento.

El doctor Mann se volvió hacia la muchacha.

—¿Vio usted el cuerpo antes de ser enterrado?

—Sólo una vez. Era horrible.

—¿En qué sentido?

—Por la transformación sufrida en pocas horas. Era como… Eso es; como si estuviera cambiando hasta de forma, doctor. Creo que cuando le enterraron apenas conservaba nada de su forma humana.

De pronto, Mann levantó vivamente la cabeza y sus ojos agudos se clavaron en el bellísimo rostro de la enfermera.

—Dígame una cosa… ¿Ayudó usted al doctor Boland en la autopsia, señorita?

—Oh, no. Fue uno de los médicos jóvenes quien le asistió. Se llama doctor Rubin.

—Y usted, ¿tocó el cuerpo en alguna ocasión?

—En absoluto. Incluso la sangre para su análisis la extrajo el propio doctor Boland.

McKenna terció, impaciente:

—¿Tiene alguna idea, doctor?

—¿Qué cree que soy, un mago? Estoy sólo haciendo algunas conjeturas.

El *sheriff* miró su reloj y gruñó:

—He de irme… ¿Será tan amable de venir a mi oficina cuando tenga algo que decirme, doctor? A menos, claro está, que sus compromisos le impidan ayudarme…

—Lo haré, *sheriff*. Sólo dígame una cosa antes de irse… ¿Dónde ocurrió el atropello de ese hombre?

—A menos de tres millas de la población, por la carretera del sur. Se trata de una condenada curva a la salida de un puente… Había niebla y lloviznaba, de modo que…

—Gracias. Le veré en su despacho, McKenna. Cuente conmigo.

Con un suspiro de alivio, el *sheriff* abandonó el laboratorio apresuradamente.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Clark Mann murmuró:

—¿Conoce usted el paraje dónde ocurrió el accidente, señorita?

—Sí, claro…

—¿Quiere acompañarme para mostrármelo?

Ella titubeó. Una mirada preocupada apareció en sus profundas pupilas.

—Creo que no me echarán de menos si dejo el laboratorio a estas horas —dijo al fin—. Pero quisiera saber qué espera usted encontrar allí, doctor.

—No lo sé.

—Iré con usted. Deme tiempo para cambiarme… cinco minutos.

Al quedar solo, Mann volvió a fijar su atención en las fichas releyendo una vez más todos aquellos asombrosos detalles. Y cuanto

más pensaba en aquello, más aguda era su alarma y su malestar.

CAPÍTULO VII

—Ése es el lugar —dijo Robby de pronto.

Mann detuvo el coche, al que había corrido la capota deslizante y recostándose en el asiento encendió un cigarrillo tras ofrecerle otro a su acompañante.

—Y ahora —murmuró la muchacha—. ¿Qué hacemos?

Él la miró. Trató de sonreír.

—No se mueva de aquí —replicó—. Quiero dar un vistazo por los alrededores.

Se apeó del coche. A pesar de la lluvia caída los días anteriores, eran perfectamente visibles las negras huellas del frenazo.

Calculó la posición de la víctima del atropello en el momento de ser alcanzado por el coche y así obtuvo la certeza de la dirección de aquel hombre. Había surgido de un seto, más allá del cual no había más que matorrales bajos, rocas y desolación.

—No pudo venir de muy lejos en su estado —refunfuñó entre dientes.

—¿En qué estado, doctor? —preguntó Robby, que había abandonado el coche y estaba tras él.

—¿Qué hay en esta parte del territorio? —replicó él en lugar de responder.

—El desierto. Pequeñas colinas rocosas y nada más.

—¿No hay haciendas, fábricas, algún lugar habitado?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y carreteras, hay alguna otra carretera?

—Eso sí, aunque es apenas un camino de tierra apisonada. Nunca transita nadie por ella.

—¿Muy lejos de aquí?

—Bueno… no lo sé exactamente. Supongo que una milla o poco menos en línea recta.

—Y supongo que no se podrá llegar allí en coche…

—Imposible. A menos que disponga de un «Jeep», y ya sé que no es así.

—Habrá que andar entonces. Espéreme aquí si no le importa quedarse sola.

—Iré con usted. Me gusta andar de vez en cuando. Paso muchas horas quieta en el laboratorio.

Echaron a andar juntos y de pronto Robby dijo:

—Usted tiene una idea concreta sobre ese misterio, doctor, ¿no es cierto?

—Nada de concreto. Sólo una idea. Aunque si es lo que imagino, este asunto va a adquirir una gravedad y unas proporciones inimaginables.

Bordearon un promontorio rocoso. Un gran lagarto pegó un salto y desapareció en una hendidura. El sol calentaba de firme desdibujando los contornos en el horizonte, bajo un cielo inmaculadamente azul.

—Hábleme del doctor Boland, señorita —pidió él de pronto.

—Oiga, llámeme Robby, como todo el mundo, doctor. Es más fácil, ¿no le parece?

—Con mucho gusto.

—Mi nombre es Roberta. Roberta Deal.

—Un bonito nombre…

—¿Qué aspecto le interesa conocer del doctor Boland, doctor?

Él sonrió.

—Resultará más sencillo si a mí también me llama por el nombre… Clark, ¿sabe? De lo contrario, nos complicaremos excesivamente la vida. En cuanto al doctor Boland… ¿Era, o es quizá, verdaderamente experto?

—A mi modo de ver, sí. Pero tenga en cuenta que a pesar del flamante hospital, él seguía siendo lo que siempre quiso ser; un médico rural.

—Pero debía mantenerse al día con respecto a los adelantos médicos…

—Imagino que sí, aunque no puedo afirmarlo. Mire, ahí está esa carretera.

Él miró a un lado y a otro. Estaban en un páramo agreste y desierto. El polvo se acumulaba en lo que con mucha imaginación

podía calificarse como carretera. Luego comenzó a andar despacio, examinando el suelo con atención.

Robby se impacientó al fin.

—¿Qué espera encontrar, doctor, las huellas de aquel desgraciado?

—No, ya sé que eso es imposible, habiendo llovido.

—¿Entonces?

Clark Mann no replicó. Volvió atrás y se fue en dirección contraria, siempre seguido por la muchacha.

El paisaje cambiaba en cierto modo por aquel paraje. Grandes roquedales se alzaban a ambos lados formando una especie de estrecho desfiladero. Luego, sólo vieron altos farallones a un lado.

Él se detuvo de pronto. Había una estrecha hendidura entre las rocas, profunda y retorcida.

—Si no está aquí, no creo que debamos seguir buscando —murmuró, sombrío.

—Si no está, ¿qué?

—El coche, por supuesto.

Se internaron por el rocoso pasadizo. Robby se había quedado muda de estupor.

Cuando vieron el coche ambos se detuvieron en seco. Estaba cubierto de polvo y tenía la portezuela del conductor abierta.

Robby balbuceó.

—¡Dios! Usted sabía que estaba aquí… sabía que había un auto en estas soledades.

—No lo sabía, pero estaba convencido de que el hombre no pudo caminar por su pie una gran distancia, de modo que forzosamente debió utilizar un vehículo…

—Pero ¿cómo pudo usted adquirir esa seguridad? No vio el cadáver, no ha visto tan siquiera el resultado de la autopsia…

—Pero he visto las fichas del análisis, Robby.

Se metió en el coche y comenzó a examinarlo pulgada a pulgada.

Excepto una pistola automática de gran calibre que reposaba en la guantera, no encontraron nada. No había siquiera la licencia de circulación.

—Me pregunto por qué no se llevaría la pistola —monologó Clark entre dientes—. Quizá estaba ya tan agotado, tan enfermo,

que no podía pensar con claridad.

Saltó fuera del coche y empujó a la muchacha hacia atrás con más rudeza de la autorizada por la cortesía.

—Es mejor que no se acerque usted al coche —dijo serenamente —. Vamos, regresemos a la ciudad.

—¿Va a dejar incluso la pistola ahí, doctor?

—No voy a tocar ni un tornillo de ese auto, Robby.

—Pero ¿por qué, qué tiene de amenazador, O extraño? Para mí es sólo un coche.

—Puede ser algo mucho más terrible que un simple coche.

Echaron a andar uno al lado del otro, silenciosos, hasta estar de nuevo acomodados en el «Cadillac» del doctor Mann.

Encendieron un cigarrillo. La muchacha empezó.

—Doctor…

—Ahora no, por favor. No estoy en situación de responder ninguna pregunta porque carezco de seguridad respecto a lo que imagino.

Por primera vez, Mann pareció fijarse en la serena belleza de Robby y sonrió.

—¿Le gusta su trabajo? —le espetó mientras ponía en marcha el motor.

—Me apasiona. Pero sólo trata de desviar la conversación. ¿No es cierto?

—Efectivamente.

Condujo despacio hacia la población. Sin mirar a su acompañante, dijo de pronto:

—Es usted muy bonita, Robby, aunque imagino que ya lo sabe.

—¿Es otro tema para desviar la atención del anterior?

—Esta vez no.

—Menos mal.

—No se enfade, por favor. Dígame, ¿dónde puedo encontrar un contador «Geyger» por aquí?

Ella dio un respingo y se quedó mirando al médico con ojos desorbitados.

—¡Un «Geyger»! —Balbuceó—. ¡Radiaciones…! ¿Cómo no se me ocurrió?

—Es sólo una sospecha. No lo divulgue a menos que quiera sembrar el pánico ahora metódicamente.

—No obstante —murmuró al fin—, por lo poco que yo he leído al respecto, las radiaciones destruyen los glóbulos rojos de la sangre, pero no en un proceso tan veloz como el que yo misma presencié durante los análisis…

—Siga, hasta ahora razona muy bien.

—No se burle de mí, doctor. ¿No es cierto que aún hoy día existen supervivientes de Hiroshima, a pesar de que fueron terriblemente afectados por las radiaciones de la bomba?

—Muy cierto. Pero los efectos que experimentaron no fueron excesivamente profundos. Viven, pero en constante observación y tratamiento.

—Entonces, ¿por qué ese hombre que nos ocupa murió tan rápidamente, y por qué…?

—Son muchos por qué, Robby. Probablemente, porque no eran radiaciones de ninguna bomba. Ni siquiera radiaciones atómicas.

—No le comprendo…

—Estamos llegando. Le daré una conferencia si acepta cenar conmigo esta noche, a menos que tenga usted otro compromiso.

—Usted no pierde el tiempo, ¿verdad, doctor?

—No, si puedo evitarlo.

Ella sonrió forzadamente.

—De acuerdo. Esperaré a la cena para salir de dudas.

—No es muy halagador para mí el hecho de que acepte mi invitación únicamente por motivos… digamos, científicos.

Detuvo el coche frente al laboratorio y ella se apeó.

—Encontrará mi dirección en la guía telefónica, doctor —dijo, antes de alejarse—. A las ocho, ¿sí?

—Conforme.

Esperó a que ella hubiera desaparecido y luego dio la vuelta y se encaminó al despacho de McKenna.

El *sheriff* suspiró aliviado al verle.

—Y bien, ¿qué estuvo usted haciendo, doctor?

—Descubriendo el coche con el que viajó la víctima del atropello.

McKenna pegó un brinco.

—¿El coche? —barbotó—. ¿Qué coche y dónde está?

—Se lo indicaré si tiene un mapa de la región.

—Claro…

Extendió uno encima de la mesa y Clark Mann señaló con un círculo del bolígrafo el sitio exacto donde habían descubierto el vehículo.

—Es un «Sedán» negro. Lo he examinado y lo único que hay en él es una pistola en la guantera. No he tocado el volante, de modo que podrán obtener huellas dactilares de él, así como en la pistola.

—¡Que me aspen! ¿Usted es médico o agente del FBI, doctor?

—No tema —rió Mann—, no pienso quitarle la insignia. Dígame, ¿sabe si alguien dispone de un contador «Geyger», *sheriff*?

—¡Es curioso! El doctor Boland había encargado uno al propietario del almacén… ¡Eh, oiga! Ese chisme, ¿no es lo que utilizan esos chiflados que aprovechan las vacaciones para buscar uranio?

—Efectivamente.

McKenna se rascó la coronilla, alborotando todavía más su hirsuta pelambrera gris.

—¿Cree usted realmente que lo hay en estos contornos, doctor?

—¿Cómo puedo saberlo? Aunque si lo encontrara, *sheriff*, se convertiría en un hombre rico de la noche a la mañana… Le veré más tarde, seguramente.

—¡Eh, espere un minuto…!

Pero el médico ya había desaparecido.

Capítulo VIII

El *sheriff* y su ayudante hallaron al doctor Mann junto al coche abandonado en la grieta rocosa, una hora más tarde.

Clark fumaba un cigarrillo recostado en un pedrusco de gran tamaño y en su rostro había una expresión de intenso desconcierto.

—Bueno, parece que usted se complace en ir siempre un paso delante de mí —comentó McKenna con ironía—. ¿Trajo ese chisme?

—Ahí está… fui a buscarlo al almacén.

—¿Y bien?

Mann le miró con el ceño fruncido. Luego dirigió su dura mirada hacia el joven ayudante.

—Espero —dijo—, que no hablen una palabra de lo que van a ver. Este asunto está tomando unos caracteres inauditos, *sheriff*, y puede alcanzar unos extremos hasta ahora imprevisibles.

—Temo que no le comprendo, doctor.

—Podría extenderse el pánico si ustedes se mostraran demasiado charlatanes. Por otra parte, al gobierno no le gustaría eso.

—¿El gobierno? —Saltó McKenna—. ¿Qué diantres tiene que ver el gobierno con lo sucedido aquí?

—Forzosamente habrá de intervenir.

El médico arrojó el cigarrillo y tomando el compacto contador «Geyger» ajustó unos controles y dijo:

—El aparato permanece inerte y mudo en un medio normal, pero se activa cuando detecta radiaciones nucleares. Otros tipos de radiación pueden activarlo también pero en mucha menor medida, aparte de que son tan raras que no deben tenerse en cuenta. Verá usted, *sheriff*, que esta aguja oscila y señala la intensidad. Al mismo tiempo el mecanismo emite un pitido regular, más agudo cuanto más poderosas son las radiaciones que detecta. ¿Entiende?

—Seguro. Lo que dudo es que haya radiaciones de esta clase

aquí. Le aseguro que han pasado legiones de chiflados durante los últimos veranos, armados de contadores como ése, buscando yacimientos de uranio y cosas así. Todos han debido largarse con el rabo entre las piernas. Jamás encontraron nada.

Clark no replicó. Acercó el aparato al coche y al instante un ligero pitido intermitente se elevó del cortador.

McKenna pegó un salto y se precipitó hacia él. Vio oscilar la aguja del indicador de intensidad y se quedó boquiabierto.

—Fíjese, ahora —gruñó el médico.

Introdujo el contador en el auto, dejándolo sobre el asiento delantero, en el lugar del conductor. El pitido se aceleró violentamente y la aguja ascendió como un cohete.

—¡Que me cuelguen! —Barbotó el *sheriff*—. ¿Cómo diablos es posible…?

—Hay radiación acumulada en el coche suficiente para matar a un hombre… —dijo Clark Mann—. Como comprenderá, no procede del auto, sino de quien lo condujo…

—¡Dios, el hombre que murió atropellado!

—Cierto. Pero hay algo muy extraño en esta clase de radiaciones… Teóricamente, la intensidad de radiación desprendida de ese hombre es tal, que no podía vivir con ella. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Creo que sí…

—Ningún ser humano hubiera soportado semejante intensidad sin morir casi de un modo fulminante. Y sabemos que ese hombre anduvo hasta la carretera, después de ocultar el coche aquí.

—Ningún ser humano… —musitó el ayudante del *sheriff* con voz aguda—. Usted dice que ningún ser humano, doctor. Entonces, ¿qué era ese tipo, un extraterrestre?

Mann le miró con dureza.

—No diga estupideces. Y menos aún, las diga a otras gentes si quiere evitar el pánico. Nada de extraterrestres.

—Bueno, pero según usted…

—Es algo que no comprendo, ahí está todo el problema.

McKenna gruñó:

—¿Qué hacemos con el coche, podemos tocarlo sin peligro, doctor?

—Mi opinión es que deberán dejarlo como está de momento. Lo

que sí pueden hacer es obtener las huellas dactilares del volante y fotografiarlas. Eso no debe llevarles mucho tiempo. Además, podrán hacer lo mismo con la pistola que hay en la guantera.

—Ya lo oíste, Jerry —dijo McKenna—. Espabila y no pierdas tiempo. La pistola nos la llevaremos.

A regañadientes, el ayudante empezó con su trabajo.

El *sheriff* tomó a Mann del brazo y le llevó a cierta distancia del vehículo.

—¿Qué piensa de todo eso, doctor?

—Ya le dije que no lo comprendo. Esta radiación no es la que podría esperarse si todo esto fuera un accidente… alguien que por algún motivo hubiera sufrido una descarga en algún centro nuclear. Si es que puede comprenderlo, *sheriff*, no creo que sean esta clase de radiaciones.

—¿Comprenderlo? —Bufó McKenna—. ¡Maldito si comprendo una palabra! Lo que sí me parece, doctor, es que usted entiende de este asunto mucho más de lo que sería lógico en un ciudadano cualquiera.

—He leído un poco, eso es todo.

—Mire, soy un pobre *sheriff* de un pequeño lugar, pero no soy idiota, ¿sabe? Quisiera que fuera sincero conmigo… y me dijera de una vez quién, o qué infiernos es usted, aparte de médico, claro está.

—Sólo doctor en medicina, *sheriff*. No le dé vueltas a una cosa que no tiene ningún misterio.

Encendió un cigarrillo y dio unos pasos sin rumbo, ante la inquieta mirada de McKenna.

Cuando el ayudante dio por terminado el trabajo, realizado en tiempo récord a causa de las prisas que tenía por alejarse del peligroso coche, McKenna dijo:

—Enviaré las huellas hasta la central del FBI si es necesario para identificar a ese individuo, doctor.

—Cuando reciba una respuesta concreta me gustaría que me informara, McKenna.

—Lo haré, por supuesto. ¿Viene usted con nosotros?

—No… quiero dar un rodeo por estos contornos antes de volver a la carretera donde dejé el coche.

—¿Qué espera encontrar, doctor?

—No busco nada. Ni que dependiera mi vida de ello, tampoco sabría qué buscar…

Vio alejarse a los dos hombres y él fumó otro cigarrillo, pensativo y preocupado.

Cuando lo terminó, caminó paso a paso hacia el coche y dio un vistazo al tablero, tras girar la llave del encendido.

Si el indicador de gasolina era fiel, señalaba mucho más de la mitad del contenido del depósito. Desconectó la llave y se apartó, perplejo. Cuando salió después de la grieta rocosa, empleó unos minutos escrutando el pedregoso suelo del camino.

Finalmente se alejó a través del páramo hacia la carretera, para volver a Desert City sumido en una honda y terrible incertidumbre.

Su primera visita en la población fue a la oficina de telégrafos. Redactó un largo telegrama, con un lenguaje tan absurdo que hizo dar un respingo al encargado de la recepción, quien miró al médico como si estuviera ante alguien lo bastante loco para despilfarrar un montón de dinero para nada.

—Oiga —gruñó—. ¿Está seguro que es eso exactamente lo que quiere transmitir?

—Completamente seguro.

—A Nuevo México…

—Exactamente, a esas señas.

—Bueno, usted es quien paga…

Tras esto, buscó una librería y compró un detallado mapa del Estado, con el cual se marchó a casa de su madre para seguir pensando en el misterio, en sus implicaciones y en las consecuencias que podría alcanzar todo aquello si él estaba en lo cierto.

Por una vez en su vida, Clark Mann deseó con toda su alma estar equivocado en el más terrible de los diagnósticos que un médico pudiera emitir jamás.

CAPÍTULO IX

El doctor estaba preparándose para asistir a su cita con la hermosa Robby, cuando el teléfono sonó y al descolgarlo oyó una voz bien modulada y conocida.

—Hola, doctor…

—¡Robby! Estaba a punto de salir en su busca.

—Ha ocurrido algo, doctor…

—No me diga que tiene otro compromiso…

—Oh, no, por supuesto que no. Se trata del doctor Rubin.

—¿Quién?

—Uno de los dos jóvenes internos… El ayudante del doctor Boland.

—Ya sé… usted lo mencionó antes, creo.

—Sí… Ha muerto, doctor.

Se quedó helado.

—¿Es el médico que ayudó al doctor Boland en la autopsia del cadáver?

—El mismo, ya se lo dije cuando usted me preguntó si era yo quien le había ayudado.

—¿Dónde está ahora?

—En su casa… Yo estoy también aquí y…

Mann dio un respingo.

—¿Lo ha tocado?

—No, acabo de llegar, pero…

—¡Aléjese del cadáver, Robby! ¿Entiende? ¡Aléjese de él y espéreme ahí!

—No comprendo, doctor…

—¡No necesita comprender! —Estalló el médico—. Sólo deme la dirección y apártese de ese cuerpo lo más posible.

Tomó mentalmente nota de las señas y sin despedirse de su

madre salió como si le persiguieran.

Condujo el coche velozmente hacia la dirección que la muchacha le diera por teléfono. Era una casa pequeña no muy lejos del *bungalow* en que viviera el doctor Boland.

Al apearse vio a Robby frente a la puerta y corrió hacia ella a través del pequeño jardín.

—¿Está usted sola aquí? —exclamó.

—Así es, doctor. En el hospital estaban preocupados porque no habían visto al doctor Rubin desde ayer. Me ofrecí a venir a verle porque me pillaba de paso y…

—¿Qué es lo que ha tocado usted exactamente, Robby?

—¿Por qué tiene tanta importancia lo que yo haya tocado?

—Se lo explicaré después.

—Bueno… La puerta, desde luego. No estaba cerrada con llave. Y después le he tomado el pulso al encontrar al doctor inerte en su cama.

Mann suspiró.

—¿Sólo eso, seguro?

—Absolutamente, Le he llamado a usted inmediatamente.

Él encendió un cigarrillo sin mostrar ninguna prisa por comprobar la muerte de su colega.

—¿Por qué a mí? —preguntó de pronto.

—No lo sé… Pensé que usted iría a mi casa y no me encontraría… O quizá no; es posible que me haya decidido por usted por infundirme más confianza que el doctor Link, el otro joven interno.

—Ya veo. Quédese aquí mientras doy un vistazo al cuerpo.

Se internó en la casa dejando a la enfermera perpleja en el porche. Robby se dijo que todo aquello resultaba tan misterioso como una buena película de televisión. Pero, de cualquier modo, no le gustaba.

Miró su reloj de pulsera. Faltaban cinco minutos para las ocho, la hora convenida con Clark Mann para salir a cenar juntos. Se le antojó que no había tenido mucha suerte precisamente en esta primera cita…

Minutos después, Mann apareció cejijunto, sombrío.

—Está muerto, realmente. Hace algunas horas que dejó de vivir… Yo debí haber previsto que sucedería eso, pero fueron

demasiadas cosas inquietantes a un tiempo las que me preocuparon.

—¿Le importaría decirme de qué está hablando, doctor?

—Espere un momento.

Fue hacia el coche y regresó con el contador «Geyger».

—Venga conmigo —dijo—, pero no toque nada, sólo observe.

El cadáver yacía en la cama, semicubierto por una sábana. Llevaba un pijama azul oscuro y la palidez del rostro resaltaba todavía más en contraste con el tono oscuro de la ropa.

Mann conectó el aparato e instantáneamente el «Geyger» comenzó a crepitar sincopadamente, al tiempo que la aguja saltaba hacia arriba, delatando una extraordinaria dosis de radiación.

Aterrada, la muchacha balbuceó:

—Pero ¿cómo… cómo es posible…?

—Se contagió del cadáver al que practicaron la autopsia.

—¿Hasta el extremo de morir?

—Ahí está lo aterrador de este asunto —gruñó Mann—. En buena lógica científica, la intensidad de las radiaciones que han matado a ese desgraciado equivale a las que habría recibido de haberse hallado en el centro de acción de una bomba de hidrógeno. Mire, para que lo entienda; suponiendo que de una pila atómica experimental se produjera una fuga accidental de energía, produciría la milésima parte de radiactividad en un cuerpo humano de la que ha matado a ese desgraciado.

Ella se estremeció.

—¿Entonces…?

—Entonces, Robby, nos encontramos ante algo desconocido, algo tan espantoso que resulta inimaginable incluso para mí.

Ella le observó con curiosidad.

—¿Por qué incluso para usted, doctor, acaso es un experto nuclear, o como los llamen a los que trabajan con la energía atómica?

Él la miró de soslayo y no replicó. En lugar de eso dijo al cabo de unos instantes:

—Hay que adoptar precauciones para manejar ese cadáver y enterrarlo sin que a su vez produzca más víctimas. Hablaremos con el *sheriff*, y mucho me temo que se desencadene el pánico si esto llega a oídos de la gente.

—No podrá mantenerlo secreto, doctor. No, después de todas las

cosas extrañas que han sucedido.

—Veremos… Hay que intentarlo por lo menos.

Cerró la puerta con llave y se guardó ésta en el bolsillo. Los dos fueron hacia el coche llevando el contador, que Mann dejó sobre el asiento posterior.

—Lamento que se haya estropeado nuestra cena, Robby —comentó mientras apartaba el coche de la acera—. Habrá de esperar otra ocasión para recibir la conferencia prometida.

Ella estuvo tentada de decirle que maldito si le importaba la conferencia, que lo único que deseaba era cenar con él y gozar de su compañía.

Sólo que calló, limitándose a mirarle de reojo. Vio así el perfil enérgico y sombrío, y la mirada preocupada de sus ojos grises.

Cuando llegaron a la oficina de McKenna la encontraron cerrada. El *sheriff* no estaba allí y eso constituía un enojoso contratiempo.

Robby propuso:

—Podemos esperarle, doctor. Es muy importante informarle de lo sucedido.

—No sabemos lo que tardará en volver. ¿Qué le parece si aprovechamos para cenar entre tanto?

—Como usted quiera…

—Claro que yo había pensado otra clase de cena, en un restaurante mejor que ése de la esquina…

—No importa, doctor. Ya habrá otras ocasiones.

—Oh, claro que sí… Pero olvídese de mi profesión. Clark, ¿recuerda?

Ella asintió y se dirigieron al restaurante donde Mann viera a McKenna por primera vez.

Cenaron con desgana, demasiado inquietos y preocupados por la amenaza que parecía cernirse sobre todos los que, del modo que fuera, habían tenido algún contacto con el cadáver del desconocido.

Cuando al fin salieron del restaurante, la luz brillaba en las ventanas de la oficina del *sheriff*.

CAPÍTULO X

Apenas sin perder tiempo con los saludos, Mann dijo al entrar:

—Tenemos malas noticias para usted, *sheriff*.

La cara preocupada de McKenna se contrajo con una mueca.

—Yo las tengo peores, doctor —refunfuñó—. El coche ha desaparecido.

—¿Qué?

—El «Sedán» negro, ya sabe. Alguien se lo ha llevado.

—¿Ha podido descubrir hacia dónde?

—Las huellas de los neumáticos señalan hacia el norte. He radiado un comunicado a la policía del Estado para que sea interceptado allí donde aparezca.

—Yo creo que sería mucho más interesante averiguar de dónde vino… Pero ya hablaremos de eso, McKenna. Ahora, dispóngase a efectuar otro entierro con la máxima discreción.

El *sheriff* dio un salto.

—¿Otro entierro? —bufó—. ¿El entierro de quién?

—Del joven doctor Rubin. Está en su casa, muerto, empapado de radiactividad.

McKenna se quedó paralizado de estupor.

Ante su incapacidad para hablar, el médico añadió:

—Fue él quien ayudó al doctor Boland a practicar la autopsia de aquel cuerpo. Entonces debió contagiarse.

—¡Pero esto se ha convertido en una pesadilla espantosa!

Mann asintió con un gesto y comentó:

—Y no sabe usted de qué clase, *sheriff*. Escuche, compré un mapa del Estado y lo estudié a fondo. ¿Tiene uno a mano? Bien, extiéndalo sobre la mesa.

El *sheriff* lo hizo. Era el mismo mapa que ya tenía señalado con un círculo el lugar donde había estado escondido el auto del

desconocido.

—Estuve pensando el camino que debió recorrer aquel coche antes de ir a parar al escondrijo de las rocas —explicó—. Pensé que el hombre, en las condiciones físicas en que se encontraba no pudo haber conducido desde una gran distancia. También comprobé la cantidad de gasolina que quedaba en el tanque del auto y vi que estaba lleno en sus tres cuartas partes. Luego busqué una carretera general que en algún punto se cruzara con el camino de tierra que recorrió en su última etapa… Bueno, sólo hay una y se cruza con el camino, aquí…

Señaló un lugar en el mapa. El *sheriff* estuvo de acuerdo y cabeceó.

—Ya lo veo —gruñó—. Debió repostar en alguna estación de gasolina de esa ruta, lo cual induce a creer que pensaba hacer un largo viaje.

—Sólo que la muerte que llevaba dentro de él se lo impidió. Cuando vio aquel desvío tal vez pensó acortar camino, pero teniendo en cuenta lo muy cuidadosamente que ocultó el coche, me inclino a creer que temía ser perseguido. ¿Comprende?

McKenna hizo un gesto de asentimiento. Con voz ronca dijo por su cuenta:

—Estoy pensando otra cosa, doctor… Cuando salió del seto frente al automovilista, seguramente lo hizo para pedirle socorro. Lo malo para él resultó que estaba lloviendo y había niebla, y apenas se tenía en pie…

—Bueno, hay otro hecho a considerar, *sheriff*.

McKenna le miró con el ceño fruncido.

—Suéltelo.

—Según me contó usted, aquel desgraciado no llevaba dinero.

—¿Dinero? No llevaba nada en los bolsillos.

—Entonces, ¿con qué pagó la gasolina?

McKenna dio un respingo.

—¡Maldita sea! Eso debió habérseme ocurrido a mí. Si el tipo llenó el tanque y no pudo pagar…

De un zarpazo atrapó el teléfono y disco un número frenéticamente. Cuando obtuvo comunicación con la jefatura de policía estatal preguntó si había habido algún atraco en una gasolinera en los últimos días, concretamente en una gasolinera de

la carretera que habían establecido como la que siguiera el desconocido.

La voz del que atendía la llamada dijo a través del auricular:

—No sólo un atraco, *sheriff*, sino un asesinato en esa carretera justamente. Un individuo se hizo llenar el depósito, sacó una pistola y le pegó un tiro al empleado.

—¿En qué gasolinera sucedió eso?

—Una que hay a la salida de Cordobán City. ¿Por qué, tiene usted alguna pista al respecto?

—Posiblemente algo más que una pista. Tengo en mi poder una automática «45» que sospecho fue la utilizada para ese crimen. Pero en cuanto al propietario de la pistola, murió aquí en un accidente…

—Eso nos ahorra una infinidad de trabajo. Por favor, remita un informe detallado junto con esa pistola para comprobarla en «balística» y aseguramos de que es la misma. Al mismo tiempo, envíe fotografías y la identificación completa del individuo.

—No pudo ser identificado. No llevaba absolutamente nada en los bolsillos. Remití sus huellas dactilares a la oficina del FBI de Santa Fe, pero aún no han respondido. Quizá ustedes puedan apresurarles.

—Lo haremos.

McKenna colgó e inclinándose sobre el mapa gruñó:

—Cordobán City… aquí está. Bueno, doctor, ese individuo procedía de aquí —señaló el lugar y añadió—: Mató al encargado de una gasolinera… suponiendo que se trate de nuestro hombre, claro.

Clark Mann estudió la región que el *sheriff* le señalaba.

—¿Qué clase de territorio es ése, agrícola o industrial? Confieso que no sé nada en absoluto de esta parte del país, a pesar de haber nacido en ella.

—¿Agrícola? —McKenna soltó un bufido—. Ese pueblo está al borde del desierto. Nosotros aún tenemos bosques, pero ellos ni siquiera eso. No, doctor; únicamente hay algunas pequeñas industrias. Viven de eso, y del turismo. Existen en las cercanías unos poblados indios prehistóricos, excavados en las rocas. También tienen unas fuentes termales y eso es todo.

El doctor Mann se quedó silencioso y pensativo.

Robby encendió un cigarrillo, sentada en una silla sin intervenir

en el diálogo.

McKenna murmuró:

—¿Qué sugiere usted respecto al cadáver del doctor Rubin?

—Lo ideal sería sepultarlo discretamente. Pero mucho me temo que alguien se interesará vivamente por él, de modo que habrá que conservarlo.

—¿De qué está hablando?

Mann suspiró.

—Mandé un telegrama a Atom City, en Nuevo México.

El *sheriff* pegó un bote en su silla.

—¿A Atom City? —balbuceó—. ¿Por qué, qué tiene usted que ver con esa gente?

Mann sonrió ligeramente.

—Trabajo allí —dijo—. Soy especialista en medicina nuclear y espacial.

McKenna se quedó boquiabierto. Robby también de mostró su incontenible sorpresa.

—¡Usted! —Exclamó el representante de la ley—. Y no lo dice hasta ahora… Bueno, eso hace que las cosas sean más fáciles. Usted debe saber todo lo necesario sobre esas muertes y lo que las ha producido.

—Ahí está lo malo, McKenna, que no lo sé. Eso es precisamente lo que me aterra de este asunto… La clase de radiaciones de que se trata.

—¡Maldita sea! Son radiaciones atómicas según usted mismo ha demostrado. ¿Va a decimos ahora que se equivocó, siendo un técnico en la materia?

—Son radiaciones nucleares, *sheriff*, efectivamente, pero de un tipo e intensidad tales que resultan prácticamente desconocidas para mí.

McKenna se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la oficina. Sentíase desbordado por unos acontecimientos que escapaban de su esfera de comprensión, algo diabólico y salvaje que segaba vidas, robaba cadáveres, raptaba hombres…

Y amenazaba con colocar a todo un pueblo al borde de la histeria si todo aquello llegara a trascender…

CAPÍTULO XI

El ulular de un búho en la noche produjo un vivo escalofrío en la muchacha. Robby jamás había sido asustadiza, pero después de los sucesos de que había sido testigo sentía los nervios desquiciados.

Encendió otro cigarrillo, sin decidirse a meterse entre sábanas todavía.

Pensó en las últimas horas, en el doctor Mann y en cómo habían quedado las cosas cuando él la acompañó después de abandonar la oficina del *sheriff*.

Estaba segura que el doctor se interesaba por ella mucho más de lo que cabría esperar de una simple cita para cenar y charlar. Eso era una gran cosa porque Robby no recordaba haber conocido jamás un hombre tan atractivo e interesante.

El búho, en el exterior, volvió a ulular y casi al instante un chotacabras soltó un alucinante alarido.

Robby se dijo que estaba dejándose dominar por los nervios. Estaba acostumbrada a oír esas voces nocturnas y jamás la habían impresionado lo más mínimo.

De pronto se sorprendió deseando que él la llamara, oír su voz segura, profunda, tranquilizadora.

Lo que oyó fue un seco chasquido en alguna parte de la casa. Dio un respingo y el terror culebreó por sus nervios. Aguzó el oído y captó un golpe, y el tintineo de un cristal al romperse.

Robby llevaba solamente un liviano pijama de seda. Atrapó un salto de cama y dominando el pánico se envolvió en él y salió al rellano, encendiendo las luces de la escalera.

La casa era grande y estaba sola en ella. Se había quedado sola al morir sus padres en un accidente, años atrás. Ahora lamentó no haber permitido que alguna de sus compañeras la compartiera como le propusieran más de una vez…

—¿Quién está ahí? —gritó, esforzándose porque su voz sonara firme.

No hubo respuesta, pero desde la cocina, en la parte posterior de la casa, le llegó el rumor de pasos lentos, pesados, torpes…

Corrió a su dormitorio y abriendo un cajón de la cómoda sacó un pequeño revólver. Con el arma en la mano volvió al rellano y miró hacia abajo.

Estuvo a punto de desmayarse y rodar por el suelo.

Los dos seres que habían aparecido le pusieron los pelos de punta. Eran dos amasijos informes, de manos como garras apergaminadas, el cuerpo retorcido que les obligaba a moverse con torpeza sobre unas piernas vacilantes. Sus caras eran máscaras de horror. Los músculos y tendones parecían retraídos sobre sí mismos hasta distorsionar las facciones de un modo espantoso. Los ojos alucinantes la miraban con mortal fijeza. No poseían un solo cabello sobre sus cráneos arrugados y terrosos.

—¡Deténganse! —chilló, frenética.

Siguieron avanzando hacia los primeros peldaños.

Robby dominó los latidos de su corazón y sujetó el revólver con las dos manos. Apuntó al primero y tiró del gatillo.

El seco estampido atronó la casa. El monstruo acusó el impacto estremeciéndose. El otro miró a su compañero y un extraño gruñido brotó de su boca retorcida, pero el herido no se detuvo. Prosiguió avanzando peldaño a peldaño.

Enloquecida, la muchacha disparó de nuevo, bala tras bala. Les vio acusar los impactos, pero era como si no les afectaran en absoluto los disparos. Sin prisas, sin alterar el torpe ritmo de sus pasos, continuaron subiendo las escaleras.

Robby dio media vuelta, chillando como una loca, y se precipitó hacia el fondo del pasillo. Entró en una habitación oscura y cerró la puerta con llave. Luego atravesó el cuarto y salió despavorida a una pequeña galería descubierta.

Sus gritos espantaron a un búho, que emprendió el vuelo abandonando el refugio del viejo olmo…

Una sombra apareció abajo, atravesando veloz el jardín. La voz del doctor vibró, apremiante.

—¡Robby! ¿Qué sucede? —gritó.

—¡Están aquí, doctor… en la casa…!

Un golpe terrible repercutió en la puerta de la habitación.

El médico no esperó más explicaciones. Desapareció de su vista y corrió rodeando la casa. Vio la puerta de la cocina abierta de par en par y se lanzó por ella. Las luces estaban encendidas y saltó los peldaños de tres en tres. Empuñaba un pesado revólver, casi una reliquia de los viejos tiempos de la colonización.

Cuando desembocó arriba, la madera de la puerta que protegía a Robby se astilló con un crujido. Uno de los intrusos introducía el brazo por el boquete tanteando en busca de la llave cuando el médico se detuvo y rugió:

—¡Quietos ahí!

Los dos se volvieron. La penumbra del pasillo no fue suficiente para ocultar el atroz aspecto de aquellos seres que parecían surgidos de un mundo de pesadilla.

Sobrecogido a su pesar, el médico exclamó:

—¡No se muevan!

Titubearon unos segundos. Luego, los dos empezaron a caminar hacia él.

Mann levantó el revólver y disparó.

Semejó un cañonazo entre aquellas paredes. El enorme proyectil le pegó en el pecho al más próximo y lo tiró hacia atrás dando tumbos hasta que se desplomó.

El otro giró la cabeza, como asombrado de que su compañero hubiera caído. Pero tras esto volvió a avanzar.

Clark Mann sentía la mente como un torbellino. Disparó procurando que la bala pasara alta por encima del monstruo y gritó:

—¡La próxima vez tiraré a matar, deténgase!

Fue como si no le hubiera oído. Paso a paso, aquella cosa espantosa prosiguió su avance, al tiempo que el doctor retrocedía hasta más allá de las escaleras.

Al detenerse, hizo otro disparo y de nuevo el bramido del revólver amenazó con echar abajo las paredes. El brazo derecho de aquel ser infernal osciló violentamente. A simple vista, Mann vio cómo el proyectil, al atravesarlo, hacía saltar esquirlas de hueso en todas direcciones.

El monstruo se detuvo, vacilante, mirándose los destrozos causados por la bala. Luego, sin una queja, giró y descendió las escaleras sin apresurarse.

Mann corrió hacia la puerta astillada.

—¡Robby! —gritó—. ¿Estás bien?

—¡Sí, sí…!

—¡No abras aún, espera!

Se inclinó sobre el cuerpo caído en el suelo, sin tocarlo.

Pudo convencerse de la horrenda apariencia de aquel ser increíble. Tenía un enorme boquete en el pecho, a la altura del corazón, allí donde le había pegado el pesado proyectil del revólver. Pero apenas manaba sangre de la herida, así como no brotaba una gota de otro pequeño orificio producido por una de las pequeñas balas blindadas del revólver de la muchacha.

Rodeando el cuerpo, llegó hasta la puerta y dijo:

—Abre ahora, Robby…

La puerta giró y un torbellino de sedas, encajes y brazos envolvió a Mann abrazándole, sollozando histéricamente.

—Cálmate… ya pasó…

De pronto se encontró besándola y de modo instintivo la rodeó con los brazos sin abandonar el pesado revólver.

La boca de la muchacha ardió de pronto en la suya desesperadamente, estremeciéndose entre sus manos.

—Vístete —dijo al separarse—. Corre a casa de McKenna y cuéntale lo que ha pasado.

—Pero… ¿y tú?

—Quiero atrapar al otro.

—¡No me dejes aquí con… con eso…!

—Está muerto. Recomienda a McKenna que nadie lo toque.

—¡Espera…! No me dejes hasta que me haya vestido…

Él esbozó un gesto de impaciencia.

—Bueno, pero apresúrate.

Robby corrió hacia su dormitorio y el doctor Mann se quedó junto a su puerta abierta.

Desde el interior, la muchacha exclamó:

—¿Por qué estabas ahí abajo, Clark?

—Me encontraba en la calle, sentado en mi coche, cuando he oído los disparos y los gritos.

—Pero ¿qué hacías allí?

—Bien… digamos que esperaba que sucediera lo que ha sucedido.

—¿Tú sabías…?

—Lo sospechaba. De algún modo, tratan de eliminar a todos los que han intervenido con el doctor Boland en el examen de aquel cadáver… Tú realizaste los análisis de sangre.

—Es imposible que ellos puedan saber que fui yo…

—Entonces, ¿por qué vinieron? Se llevaron a Boland, desenterraron el cadáver… ¡Condenación!

—¿Qué ocurre? —saltó la voz alterada de la muchacha.

—¡El doctor Rubín!

—¿Qué?

Robby apareció en la puerta abrochándose una blusa tan liviana como el salto de cama que había llevado. Se había embutido en unos ajustados pantalones y en otras circunstancias él hubiera apreciado el espectáculo en lo que valía.

Pero entonces sólo la tomó de la mano y ambos se precipitaron escaleras abajo.

Del monstruo fugitivo no había el menor rastro. Él gruñó:

—No llegaron por la calle, de eso estoy seguro…

—Hay otra atrás, al otro lado del jardín.

Él la llevó en una frenética carrera hacia donde ella le indicaba. Vieron el seto tronchado, pero la calle estaba desierta y silenciosa bajo la luz de los faroles.

—Entraron por aquí… y debieron venir en coche sin duda —masculló el médico—. ¿Tú crees que esos tipos, sean lo que sean, pueden conducir un coche?

—¿Qué estás pensando, Clark?

—Ven —replicó él por toda respuesta.

Volvieron atrás, hacia donde él tenía el coche.

Condujo velozmente por la pendiente. La casa de la muchacha estaba en la ladera de la colina que dominaba la población. Las edificaciones eran allí aisladas, distantes unas de otras, lo que explicaba que nadie hubiera escuchado los disparos hechos dentro de la casa.

Con voz entrecortada por el temor, la joven susurró:

—¿Crees que estarán en casa de Rubin?

—Tal vez…

—Tengo miedo, Clark un miedo terrible…

—Yo también.

—No te creo.

—Es cierto, pequeña. Miedo a lo que todo esto significa, a las implicaciones que la presencia de esos extraños seres puedan tener sobre la humanidad…

—Pero ¿quiénes son?

—Ojalá lo supiera.

—¿Crees que… que proceden de otro mundo?

—No puedes pensar eso en serio, querida.

—Entonces… ¿Qué?

Él no replicó, aplicado en conducir y sumido en sus sombríos pensamientos.

La pequeña casa del doctor Rubin estaba abierta. Alguien había astillado la puerta y del cadáver del médico no quedaba ni rastro.

CAPÍTULO XII

El «Cadillac» rodaba suavemente por una carretera de segundo orden, bajo un cielo gris y sombrío que amenazaba tormenta.

Al lado de Clark Mann, Robby comentó de pronto:

—Cuanto más lo pienso más descabellado me parece todo esto, Clark…

—Ha de tener una explicación lógica y racional, no puede ser de otra manera.

—¿Y crees encontrarla en Cordoban City?

—Nuestro hombre repostó gasolina allí. Mató a un hombre para conseguirlo lo que indica que estaba desesperado. Forzosamente él debía saber que llevaba la muerte en la sangre… o quizá no pensaba que fuera tan grave si todo se debió a un accidente.

—Pero ¿dónde pudo recibir las radiaciones?

—Si fuesen simplemente radiaciones nucleares como las que podría recibir cualquiera en una de las plantas de experimentación, o en cualquier centro de energía nuclear industrial, no habría problema. El hombre hubiera sido atendido por los servicios sanitarios del mismo centro, o en cualquier hospital debidamente utillado. En lugar de eso, huyó, y ya te he dicho que no se trata de una energía común.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé, aunque tengo una sospecha, algo que hasta el momento no ha pasado de simple teoría en todos los lugares de experimentación…

—¡Mira, ahí está la ciudad!

Cordobán City se extendía en el llano, casas de una o dos plantas a lo sumo, desparramándose por un terreno desolado que lindaba ya con el desierto.

Como un cinturón turbulento de la ciudad, se alzaban grandes

edificaciones industriales que significaban el medio de vida de sus habitantes.

Hacia el oeste, erguíanse macizos roquedales, con profundas sombras en sus paredes. Eran las inmensas cavernas donde en tiempos pasados los pieles rojas edificaron sus poblados en la roca viva.

El doctor Mann condujo el coche cuesta abajo, descendiendo la colina mientras su mirada aguda y preocupada escrutaba aquel cinturón industrial preguntándose si sería en cualquiera de aquellos grandes edificios donde estaría la raíz de tanta muerte y tanto horror.

—Hay una gasolinera ahí abajo —comentó la muchacha de pronto—, tal vez sea donde aquel hombre mató al empleado.

—Lo sabremos pronto.

Detuvo el coche en la estación de servicio. Un mozo vestido con un mono azul se acercó presuroso.

—Llénelo —dijo el médico.

El hombre obedeció, mientras Mann se apeaba.

—Quisiera preguntarle… —empezó.

El otro le miró de reojo.

—¿Por el crimen? —Gruñó—. Todo el mundo pregunta lo mismo. Sí, señor. Fue aquí.

—Bien, lo que yo quisiera saber es si alguien sabe de dónde procedía el coche del asesino. Era un «Sedán» negro, ¿no es cierto?

—Vino por el ramal del desierto… El empleado pudo hablar antes de morir, ¿sabe?

—Ya veo.

—Debió aparecer por allí, junto al saguaro.

Mann pagó y poniendo el coche en movimiento dijo:

—No comprendo cómo la policía no ha hecho algo más que esperar un golpe de suerte. Saben de dónde procedía incluso.

Dobló el recodo, al otro lado del saguaro, poniendo proa al desierto.

Robby le miró, preocupada.

—Ellos no pensaron en buscar su procedencia, sino en rastrearle a él.

—Sí, claro…

El coche comenzó a dar saltos al internarse por una carretera en

pésimo estado. El sol, casi vertical sobre sus cabezas, calentaba como una llama viva.

—¿De veras piensas que descubriremos el lugar de dónde escapó, Clark?

—No lo sé, pero este asunto me apasiona. Si venía de muy lejos, del otro lado del desierto, no creo que obtengamos ningún resultado. Pero eso es algo que no podemos saber.

La desolación se agudizaba a medida que el coche se adentraba más y más en aquel mundo reseco, atormentado como un paisaje lunar.

Repentinamente, la muchacha dijo:

—Pienso que debíamos habernos quedado en Desert City… Allí está el único de esos seres que se ha podido capturar. Tú hubieras podido estudiarlo y…

—Lo harán los científicos que ya están en camino desde la Ciudad del Átomo. Eso, contando con que el *sheriff* lo custodie con eficacia hasta que lleguen…

—¿Piensas que tal vez lo hagan desaparecer también?

—Quizá lo intenten. Hasta ahora han cometido cualquier clase de crimen o atropello para que todo aquel que ha intervenido en este asunto lo bastante cerca como para contagiarse, o analizar la sangre, o practicar la autopsia, desaparezca. De modo que más interés tendrán en recobrar a uno de ellos en persona, aunque esté muerto.

Continuaron avanzando por el desierto, silenciosos y vigilantes.

—En realidad —dijo el doctor Mann—, no sé exactamente qué es lo que busco, pero imagino que si hay un lugar donde estén experimentando con energía atómica de alguna clase, forzosamente habrán unas instalaciones capaces de delatarles… sobre todo para alguien que ha estado viviendo en ese ambiente durante años.

—¿Y si las localizamos?

—Volveremos a pedir ayuda. El gobierno habrá de tomar cartas en el asunto sin la menor duda.

Una hora más tarde no había localizado construcción alguna. El desierto era más y más desolado, con suaves dunas de arena y pedregal por entre las cuales discurría la casi inexistente carretera.

Robby murmuró al fin:

—Pienso que estamos perdiendo el tiempo, Clark… Es como

buscar una aguja en un pajar.

—¿Quieres que regresemos?

—Eso debes decidirlo tú.

Él la observó de reojo. El delicado perfil de la muchacha se le antojó tan hermoso como una quimera.

—Vamos a coronar esa colina de ahí… Si desde ella no se distingue nada, daremos la vuelta. Por lo menos habremos dado un buen paseo.

Ella asintió con un gesto y el poderoso coche inició la cuesta arriba.

Desde la colina descubrieron una achaparrada construcción de adobe junto a la que se alzaba un gran rótulo anunciando bebidas frescas.

Robby sonrió.

—¿Qué te parece? En lugar de energía atómica, bebidas heladas. ¿Se puede pedir más?

—Tomaremos algo y luego regresaremos. Este calor es insoportable. Además, empiezo a pensar que esta búsqueda es cosa de los agentes del gobierno.

Cuando detuvieron el coche bajo un ruinoso sombrajo, un hombre rechoncho apareció bajo el rudimentario porche de la cantina. Tenía la piel curtida y tostada por el sol y les observó con evidente sorpresa.

—¿Se han extraviado en el desierto, o realmente están viajando hacia un lugar determinado?

—A juzgar por su sorpresa —replicó el médico—, su negocio no debe ser muy boyante.

—Apenas pasa nadie por aquí, naturalmente. Desde que abandonaron las canteras esto está muerto.

—¿Y cómo no se ha trasladado usted?

Entraron al fresco interior.

La instalación ofrecía evidentes muestras de abandono.

—¿A dónde, y con qué dinero? —Exclamó el cantinero—. ¿Cree usted que alguien me daría ni medio dólar por esta instalación?

—Yo, no, seguro.

—¿Qué les sirvo?

—A mí, *whisky* con agua. ¿Y tú, querida?

—Lo mismo, bien frío.

El hombre asintió, pasó al otro lado del mostrador y les preparó las bebidas. Ambos fueron a sentarse a una mesa y el hombre gordo, tras unos instantes, se metió por una puerta que había al final del mostrador y desapareció.

La muchacha dijo:

—¿Cuándo volverás a ese lugar donde trabajas, Clark?

—Dentro de un mes. ¿Por qué?

—Curiosidad.

—¿Crees que en ese tiempo tendremos tiempo tú y yo de conocernos mejor?

—Hay gente que se conoce profundamente en mucho menos tiempo.

Él sonrió.

—Es cierto.

Se quedó pensativo, saboreando el *whisky* a pequeños sorbos.

Al cabo de unos instantes, Robby preguntó:

—¿En qué piensas?

—En ti, en nosotros… en la clase de respuesta que me darás cuando te pida que te cases conmigo.

—¡Clark…!

—No te alborotes, aún no te lo he pedido.

—Estás loco. Yo creía que los médicos eran hombres muy serios, conspicuos y formales.

—¿Te he decepcionado?

—¡Por supuesto que no!

Encendieron un par de cigarrillos. Él dejaba que su mirada se extasiara en la contemplación del rostro bellísimo de la muchacha, llenándose de su imagen, sumergiéndose en aquellos ojos profundos y cálidos.

El cantinero apareció de nuevo y se entretuvo trasteando en el mostrador. Cuando los vasos estuvieron vacíos propuso.

—¿Les sirvo otros, señor?

—Sí, gracias.

Les trajo nuevos vasos y se llevó los primeros. Se movía pesadamente, como si mover la grasa que redondeaba su cuerpo le costara un gran esfuerzo.

Robby bebió agitada por los sentimientos que él le inspiraba, por la excitación que las palabras del doctor Mann habían provocado en

lo más profundo de su corazón.

Él levantó el vaso en un brindis mudo, mirándola solamente. Bebió y con una sonrisa dijo:

—Es curioso como suceden las cosas… han tenido que pasar todos estos años para que yo volviera a casa y te conociera… y pensándolo bien, incluso es posible que si no hubieran sucedido esas cosas horribles no te hubiera conocido…

Ella asintió. De pronto su visión se había enturbiado de un modo increíble.

—Clark… —balbuceó.

Él parpadeó. Sintió una súbita y violenta sensación de vértigo y hubo de apoyarse en la mesa para no caer de bruces sobre ella.

—¡Maldito…! —jadeó.

Luego, su cabeza golpeó contra el tablero de la mesa y Robby se desvaneció casi al mismo tiempo, sólo que ella se ladeó y sin una queja desplomóse fuera de la silla.

El cantinero estaba mirándoles y ni siquiera varió la expresión indiferente de su cara.

CAPÍTULO XIII

Le aplicaron una inyección, y de repente le pareció que dentro de su cerebro se producía un estallido de luces, que la tierra comenzaba a girar vertiginosamente y que él caía hondo, muy hondo en un pozo sin fondo.

Luego, tan bruscamente como todo había empezado, cesó.

Se llevó las manos a la cabeza, aturdido. Parpadeó y miró en torno.

Vio unas paredes de roca viva, como una gran bóveda. Había algunos muebles rústicos esparcidos aquí y allá, y algunas lámparas brillaban con una luz difusa y clara.

Sobre un camastro reposaba el cuerpo inerte de Robby. El firme busto de la muchacha subía y bajaba al compás de su suave respiración.

También vio a los hombres que le observaban con interés. Eran cuatro, muy distintos entre sí.

Dos de ellos eran altos y fuertes, con facciones inexpresivas y frentes estrechas. Hombres de acción sin duda. Los otros dos tenían más años, menos músculos y mucha más inteligencia. Uno de éstos llevaba una bata blanca y gruesos lentes cabalgando sobre su ganchuda nariz.

Clark Mann tuvo la certeza de que no era la primera vez que veía aquel rostro de búho, aunque no pudo identificar el recuerdo. Se sentía débil y aturdido.

Señaló a la inerte muchacha y gruñó:

—¿Está viva?

El hombre de los lentes sonrió:

—Por supuesto —dijo—. ¿Cómo se siente usted, doctor?

—No lo sé.

—Los efectos del narcótico pasarán en unos minutos.

—¿Quiénes son ustedes, por qué nos han narcotizado?

—Ustedes andaban buscándonos —rió el hombre cuya cabeza pelada semejaba un huevo—. Pues bien, ya nos encontraron.

—Sigo sin comprender nada.

—Vamos, vamos, doctor. ¿Va a decirnos que atravesaban el desierto dando un paseo?

No replicó. Su mente estaba despejándose por instantes y reflexionaba desesperadamente.

—La cantina es, simplemente, nuestro puesto de observación. Hay cámaras ocultas y cuando vimos su imagen comprendimos cuál era su propósito. Es usted inteligente, mucho más que esos zafios policías rurales…

—¿Qué se proponen hacer con nosotros ahora?

—Por descontado, no podemos dejarles en libertad.

El otro añadió:

—Tenemos planes respecto a usted, naturalmente.

—¿Pueden decirme dónde estamos?

—Junto a las viejas canteras. Estas cavernas son naturales, formadas hace millones de años durante la convulsión de la corteza terrestre. Un lugar ideal para nuestro trabajo.

—Ignoro de qué se trata su trabajo…

—Lo verá usted. Esperamos que lo encuentre interesante. ¿Se siente con fuerzas para caminar por su pie?

—Creo que sí.

—Levántese.

—¿Y ella? —murmuró, mirando a Robby.

—Recobrará el conocimiento en su momento. Le recomiendo que no intente ninguna heroicidad inútil. No conseguiría más que recibir un trato totalmente falto de cordialidad. Ya sabe lo que quiero decir.

Mann miró de soslayo a los dos guardianes. Aquellos dos hombres, con sus músculos, su falta de inteligencia y la crueldad que delataban sus caras le harían pedazos sin pestañear si se lo ordenaran.

De modo que se levantó. No dejó de sorprenderse de que sus piernas estuvieran tan firmes, sin acusar en absoluto el reciente desvanecimiento.

Los dos hombres de ciencia le precedieron por un corto túnel

alumbrado por la misma luz difusa. Tras él, vigilándole, los dos guardaespaldas les siguieron.

Llegaron a otra caverna de techo abovedado y allí el doctor se inmovilizó, sobrecogido por lo que estaba viendo.

En el centro había una gran máquina de forma desconocida para él. Más allá, un gigantesco tablero de control con centenares de indicadores, pulsadores de distintos colores, palanquitas de pequeño tamaño y toda una fila de pantallas de televisión.

—¿Qué le parece?

Sacudió la cabeza, estupefacto.

—Impresionante. Pero ¿para qué sirve?

—Es el cerebro más completo y complejo del mundo. Él solo puede controlar nuestra central de energía, y dirigirla allí donde se nos antoje.

—¿Energía nuclear?

—Negativa —musitó el hombre de la bata blanca. Y añadió con sarcasmo—: Claro que no espero que usted sepa de qué se trata en realidad, doctor.

El pánico culebreó por los nervios del médico.

Pero sólo dijo:

—¿Negativa?

—Le mostraremos todo el proceso, porque queremos que conozca el proceso antes de someterlo a cierto tratamiento… Queremos comprobar cuál es la reacción de una mente cultivada como la suya bajo las descargas de energía.

De repente, como un chispazo, recordó dónde había visto la cara de aquel hombre. Y recordarlo no significó ningún alivio.

Se llamaba Paul Strand, y había desaparecido hacía algunos años sin dejar el menor rastro, cuando iba a ser separado del más importante centro de experimentación atómica del país a causa de sus absurdas desviaciones científicas.

El otro era un desconocido para él. Fue quien habló.

—Sin embargo, antes verá usted algunas cosas que le sorprenderán sin duda. Es lo menos que se merece dado su interés por nosotros, doctor. Venga por aquí.

—Quisiera que me explicaran con qué clase de energía están experimentando… No comprendo tanto misterio, ni el hecho de que hayan instalado una instalación tan compleja en un lugar como

éste…

—La elección del lugar fue debida a las inmensas cavernas naturales que nos ofrecían seguridad absoluta. En cuanto a la energía, aunque usted no pueda comprenderlo de momento, se deriva de una masa de protón negativo.

Mann necesitó de todo el dominio de que fue capaz para disimular la terrible impresión recibida. Ocultar a aquellos individuos que realmente, aunque fuera en plan estrictamente teórico, sabía mucho más de lo que podían imaginar al respecto.

—Eso me parece un absurdo —dijo, no obstante—. Cualquiera sabe que los protones son positivos.

—Cuando yo afirmé que bajo ciertas condiciones podía ser todo lo contrario me colgaron la etiqueta de loco —dijo Paul Strand rechinando los dientes—. Sin embargo, el protón negativo, o antiprotón, puede ser una energía millones de veces superior a la del uranio desintegrado.

—Si eso es así, nadie puede ser lo bastante loco para fabricar una bomba con esta materia… Ni ustedes mismos pueden calcular sus efectos, ni siquiera estar seguros de la reacción en cadena se detendría alguna vez y no barrería la vida de la faz de la Tierra.

—Bien razonado, doctor… Sólo que nosotros no construimos ninguna bomba, por supuesto. Venga…

Le empujaron a través de otro pasadizo natural cuyo suelo tenía un ligero desnivel. Al final del mismo se abría una nave cerrada por una reja de hierro.

Mann se detuvo junto a la reja. Había dos filas de camastros, algunas sillas y una alargada mesa.

Sobre los camastros, en cinco de ellos, aparecían unos bultos informes. Sintió el horror culebrear por sus miembros al comprender.

—No son muy atractivos —comentó Strand—, pero sí fieles y obedientes. No piensan por su cuenta. Y significan un apasionante enigma que aún no hemos descifrado.

Dos de aquellos seres de pesadillas se irguieron al oír las voces. Clark Mann volvió a experimentar la náusea incontenible, el espanto sin nombre que aquellos monstruos le producían.

Apenas conservaban un ligero parecido con seres humanos. Piernas y brazos estaban retorcidos, nudosos, tan retorcidos y

nudosos como el tronco. De sus rostros no quedaba más que un amasijo distorsionado.

—¿Quiénes… o qué son? —balbuceó.

—Entes de experimentación. Muy útiles, doctor, tanto como cobayas, cuanto como instrumentos… digamos «ejecutivos». Hace meses, uno de nuestros ayudantes sufrió un accidente. Recibió una descarga de radiactividad de nuestro núcleo. Murió rápidamente. Entonces se nos ocurrió experimentar con él mediante sucesivas descargas, para ver los efectos del antiprotón sobre un cadáver. Fue una inmensa sorpresa para nosotros ver que el cuerpo se reactivaba y que por algún misterioso proceso que aún no hemos descubierto recobraba la vida, aunque no la inteligencia.

—¡Pero ahí hay cinco de esos desgraciados…!

—Oh, sí, claro. Hemos debido capturar algunos hombres para tener materia con la que continuar los experimentos. Gentes sin familia, naturalmente. Ahora están ustedes aquí y tenemos ultimados los detalles teóricos de un nuevo procedimiento…

Mann sintió el hielo de la muerte en sus entrañas.

—¿Robby y yo? —jadeó.

—La muchacha y usted, naturalmente. Creemos que esta vez sus cerebros no serán dañados, por lo menos, no en la medida que lo fueron los de cuantos hemos utilizado hasta ahora. Además, comprobar el resultado en un hombre inteligente y cultivado como usted resultará una experiencia nueva.

Le obligaron a retroceder hacia la sala donde está el colosal cerebro electrónico, Una vez allí dijo:

—¿Y todo eso para qué? Conseguir una bomba de antiprotón no les servirá de nada…

Antes de replicarle, Paul Strand ordenó a uno de los guardianes:

—Prepara la sala y las mesas, Harry. Empezaremos tan pronto esté todo a punto.

Cuando el hombre hubo salido, Strand se volvió hacia el doctor y dijo:

—Le repito que no nos interesa experimentar con ninguna bomba, sino únicamente con las radiaciones… dirigidas.

—¿Cómo?

—Dentro de poco tiempo estaremos en condiciones de dirigir ondas de radiaciones a donde se nos antoje, lo mismo que se dirige

el haz luminoso de un reflector, sólo que mucho más potente, invisible, y a miles de millas de distancia.

—Están rematadamente locos. Allí donde caiga esa energía los seres humanos se convertirían en esos monstruos que tienen ahí abajo…

—Estamos seguros de que eso sucederá sólo la primera vez que disparemos nuestro poder… Porque después, todos los países se someterán a nuestras condiciones.

El doctor Mann casi había olvidado la suerte inmediata que le aguardaba, ante la ingente monstruosidad de lo que estaba escuchando y comprendiendo.

Sin embargo, la recordó bruscamente cuando el hombre que saliera antes regresó, anunciando:

—Todo dispuesto, profesor. He llevado la mujer a la sala también.

—¿No se ha recobrado todavía?

—Aún no.

Mann sintió el hielo de la muerte en sus entrañas. ¡Robby!

Cuando le empujaron apenas se dio cuenta de nada. Su mente era un auténtico caos.

Capítulo XIV

Se detuvo en la puerta, una puerta metálica abierta dejando paso, a un bien utilizado quirófano, sólo que con algunas diferencias esenciales que lo convertían en una instalación única.

Había dos mesas, y vitrinas repletas de instrumentos. A la cabecera de las mesas, una maraña de cables, un casco metálico, y más cables que iban a morir a cuatro argollas colocadas a los lados de cada mesa.

Robby yacía sobre una de ellas, pálida, inerte e indefensa.

—Vamos, camine —ordenó Strand.

El médico titubeó un instante. De pronto, todas las furias del infierno parecieron estallar dentro de él ante la visión de la muchacha, dispuesta para el atroz experimento que la convertiría en un monstruo…

Giró como un rayo, descargó un tremendo puñetazo en la cara de Strand y mientras éste se precipitaba contra los demás que estaban tras él, Clark cerró la puerta de golpe. Corrió los sólidos cerrojos y jadeando miró en tomo a las paredes de roca.

No había más salida que aquélla. Estaban atrapados de todos modos.

Corrió hacia Robby y tomándola en brazo la sacó de la mesa, depositándola en el suelo, junto al muro más alejado de la puerta.

La muchacha se agitó. Un leve quejido escapó de sus labios rígidos.

De pronto, una voz metálica surgió de alguna parte.

—¡No sea estúpido, doctor! —Dijo la voz—. Está encerrado en una ratonera. Se someta o no al experimento, podemos eliminarle fácilmente activando la energía de las mesas… Podemos lanzar descargas cada vez más potentes, hasta que la fuerza le destroce… ¡Abra la puerta!

Él miró en torno, desesperado. La puerta era sólida, desde luego. No podrían entrar a menos que la volaran con dinamita…

Pero si todos aquellos cables transmitían radiaciones poco habrían ganado.

Se esforzó por reflexionar con calma, racionalmente.

Aunque fuera controlada, la energía del núcleo de antiprotón debía poseer un poder, una potencia aterradora. No cabía duda que la llevaban hasta los sujetos víctimas del experimento por medio de los gruesos cables blindados que convergían en las mesas y en aquellos cascos semejantes a los utilizados en otro tiempo en la silla eléctrica.

Se apartó de Robby y corrió hacia las mesas.

Por el oculto altavoz, Strand gritó:

—¡Todo lo que consigue es alargar su agonía, doctor! Abra la puerta o comenzaremos a destruirles.

Mann tomó uno de los cascos y lo examinó. Pensó que aquello era el final, que ni él ni Robby tenían ya esperanza alguna y que lo único que le quedaba era tratar de causar el mayor daño posible a las instalaciones y a los mismos engendros que habían creado aquel antro de pesadilla.

Fue hacia la puerta con el casco y en unos instantes lo hubo fijado en uno de los cerrojos. Velozmente hizo lo mismo con el de la segunda mesa.

Del altavoz le advirtieron:

—¡Tiene tres minutos para abrir la puerta, doctor! ¿Lo oye? ¡Responda, podemos oírle!

Sin dejar de moverse, Mann gritó:

—¿Qué pasará si abro la puerta?

—Podremos discutirlo después.

—¡Nos colocarán en las mesas, para convertimos en esos monstruos que vi allá abajo!

—Podemos llegar a un acuerdo… usted podría trabajar con nosotros…

Desprender las terminales de los cables de cada una de las argollas le despellejó los dedos.

—¿Cómo puedo confiar en ustedes? —chilló, yendo hacia la puerta.

—Necesitamos un médico… Podría ser usted. Acabamos de

discutirlo con el profesor ahora mismo.

El último de los cables estaba siendo sujeto a la línea eléctrica que sostenía una de las grandes lámparas quirúrgicas. Tras esto, Mann fue hacia las vitrinas y las abrió.

—Prefiero morir —dijo—. Pero por lo menos no les serviré de cobaya. Pero si estoy lejos de las mesas no creo que puedan causarme el menor daño, a menos de proyectar una descarga enorme…

Hubo un corto silencio. Después, la voz colérica de Strand bramó:

—¡Usted lo ha querido!

Mann se arrojó sobre Robby, cubriéndola con su cuerpo, abrazándola desesperadamente.

Primero se oyó un ligero zumbido, como si en alguna parte un monstruo metálico se pusiera en marcha.

Después, repentinamente, el mundo pareció estallar a su alrededor. Hubo un cegador relámpago en la puerta, un estallido que hizo saltar la enorme lámpara desintegrándola en un millón de fragmentos, y acto seguido las paredes se agitaron, desprendiendo pedazos de roca.

En medio del cataclismo cayó la oscuridad más absoluta. Sólo otro inmenso chispazo en la desintegrada puerta relampagueó y todo pareció venirse abajo, y después quedó la humareda acre, y el retumbar de las bóvedas que se hundían en alguna parte con un fragor semejante al de un terremoto.

Mann tosió, aferrado a la muchacha. Apenas podía respirar y no veía nada en absoluto, sumido en la negrura más impenetrable que pudo haber imaginado jamás.

—¡Robby! —jadeó.

La sintió estremecerse entre sus brazos.

En alguna parte hubo un estampido sordo, y el tremendo ruido de las mesas de roca al desplazarse.

Y luego, silencio.

Aguzó el oído intentando captar una voz humana. Apretó con furia en la mano el largo escalpelo de que se había armado y esperó.

Robby sufrió un estremecimiento y balbuceó algo sin sentido y que Mann no entendió.

Al fin la levantó en vilo, sin abandonar la improvisada arma, y se desplazó hacia la puerta. Tropezó un par de veces con las piedras que se habían desprendido del techo y de las paredes, pero ganó la puerta que prácticamente ya no existía y salió.

Reconstruyó en su mente la configuración del terreno, la situación de los pasadizos y las naves, avanzó con cautela con su suave carga en brazas.

El pasadizo por el que discurría estaba transitable, a pesar de los pedruscos desprendidos, pero al llegar al final del mismo se encontró con un gran amontonamiento de rocas, allí donde debía estar la inmensa bóveda donde se alzaba el gigantesco tablero de control y todo lo demás.

De pronto, Robby recobró la consciencia y balbuceó:

—¿Qué… qué ha pasado?

—Tranquilízate, saldremos de aquí.

—¿De dónde? ¡Oh, no recuerdo apenas nada!

—Todo eso has salido ganando —refunfuñó Mann, deteniéndose.

Comprobó que ella pudiera tenerse en pie. Robby exclamó de repente:

—¡Clark, la cantina…!

—Sí.

—Aquel individuo nos narcotizó, ¿no es cierto?

—Ya puedes jurarlo, querida.

—Pero ¿por qué…?

—Te lo contaré cuando salgamos de este lío. Ahora, no te muevas mientras yo intento encontrar un lugar por donde alcanzar el paso al exterior.

—Pero ¿dónde estamos, Clark?

—En un laberinto subterráneo.

Se apartó de ella, encaramándose por las rocas. No sabía si era de día o de noche, aunque en aquellas tinieblas poco importaba.

Al fin descendió al otro lado y a tientas reconoció un suelo llano. Si estaba en la gran caverna, la salida debía hallarse a su derecha.

Por lo menos, el túnel que mientras él estuvo en la bóveda nadie siguió, internándose por los demás que conducían a las entrañas de aquel infierno.

Volvió atrás y llamó a Robby con voz queda.

—Estoy aquí, Clark…

—Espera.

La tomó de la mano y guiándola con dificultad volvieron a remontar las rocas.

Una vez al otro lado, él explicó:

—Había un túnel a la derecha de este lugar. Imagino que debe conducir al exterior, porque ellos y yo nos internamos en los otros.

—¿Quiénes son «ellos»?

—Espero que ya no sean… más que cadáveres.

Tiró de ella y caminaron con cautela por aquella oscuridad total.

De pronto, él se inmovilizó y musitó con voz apenas audible:

—No te muevas… no hables. Me ha parecido oír pasos.

Escucharon conteniendo el aliento.

Ciertamente, algo se movía con torpeza, seguramente debido a las rocas desperdigadas aquí y allá.

Quien fuera pasó a menos de diez pasos de Mann y la joven. Le oyeron alejarse hacia la misma dirección que ellos habían decidido tomar, y al cabo de unos instantes le siguieron.

Minutos más tarde una tenue claridad azulada apareció al fondo, recortando la forma abovedada de un túnel.

Instintivamente, Mann aceleró el paso, obligando a Robby a apresurarse. Una sombra se delineó contra aquella claridad y luego desapareció.

Cuando ellos llegaron al recodo vieron que a sólo unos metros reverberaba la luz de la luna, y sus rayos pálidos contra la arena del desierto, comparada con la negrura absoluta en que se habían movido se les antojó tan brillante como el mismo sol.

Salieron apresuradamente, gozosos de sentirse a salvo.

Justo en aquel instante, el hombre saltó sobre el doctor Mann.

Robby lanzó un grito de espanto. Clark rugió al sentirse apresado por unas manos duras y expertas, debatiéndose con una sensación de dolor y ahogo.

Era uno de los dos guardianes y trataba de estrangularle sin un grito, sin una voz.

Mann se revolvió furiosamente mientras sus pulmones amenazaban con estallarle.

Al fin pudo voltear el brazo y el escalpelo se hundió profundamente en el costado de aquel hombre. Lo retiró y repitió el golpe al tiempo que las garras se aflojaban en torno a su garganta.

Oyó chillar a Robby, pero su adversario aún pugnaba por pelear…

Se lo quitó de encima con un bárbaro empujón y el hombre retrocedió, tambaleándose, la sangre escapando a borbotones de su costado desgarrado.

Dos de aquellos monstruos informes acorralaban a Robby, que chillaba enloquecida.

Echó a correr. Tropezó con una gran piedra y rodó dando tumbos. Instintivamente pensó en la muerte que aquellos seres llevaban con ellos y el pánico le invadió. No podía luchar cuerpo a cuerpo o le contagiarían radiactividad suficiente como para morir…

Soltó el afilado instrumento de cirugía y agarró el pedrusco con el que había tropezado.

—¡Quietos! —bramó, enloquecido.

Se detuvieron un instante. Mann levantó la roca y valiéndose de las fuerzas que le quedaban la arrojó.

El enorme pedrusco cayó sobre la cara monstruosa del más cercano. La cabeza se aplastó y aquel ser torturado y mortal cayó sin una queja.

El otro pareció olvidar a Robby y empezó a caminar hacia el doctor.

Éste retrocedió paso a paso, alejándose de él y de la entrada a la caverna. El enorme roquedal formaba una pared escarpada y de la cumbre se había desprendido a lo largo de los años grandes rocas. Eran demasiado enormes para que pudiera manejarlas y el monstruo casi le alcanzaba.

Entonces, al fin, encontró lo que buscaba. Levantó el pedrusco y con un sentimiento contradictorio lo aplastó contra su enemigo.

No hubiera querido tener que hacerlo, pero se trataba de su vida y de la de Robby. Al fin y al cabo, aquellos seres no eran responsables de sus actos, no tenían ninguna culpa de que la ambición demencial de unos hombres descarriados les hubiera convertido en lo que eran.

Corrió hacia la muchacha y ambos se abrazaron desesperadamente, Robby sollozando con violencia de modo que el sabor salobre de sus lágrimas llegó hasta la boca del doctor.

—Hemos de alejarnos de aquí cuanto antes —la urgió él—. Las autoridades deben saber… Ven, no tengas ningún miedo.

Rodearon el promontorio donde se había iniciado la entrada de

las cavernas. Vieron un «Jeep» polvoriento y su propio «Cadillac» y Mann no pudo contener un grito de entusiasmo.

Minutos después rodaban a toda velocidad, dando saltos por la infame carretera.

Robby susurró:

—Cuéntame qué ha pasado, Clark…

—No te gustará saberlo.

—No importa, Cuéntamelo.

Él lo hizo, atento a conducir para no salirse de la casi inexistente ruta.

Cuando calló, la muchacha estaba tan intrigada como al principio.

—Pero ¿cómo hiciste para que todo estallara? Estabas encerrado en esa especie de quirófano de que hablas…

—Conecté los cables transmisores de energía a la puerta, creando así un círculo de potencia cerrado, algo como un corto circuito, para que lo comprendas. Al mismo tiempo, empalmé uno de esos cables con la línea de la electricidad. Pensé que en un sitio semejante no podían disponer de los controles automáticos suficientes como para que se anulara la energía si surgía un fallo… Resultó que no lo tenían.

—¿Y…?

—¿No lo comprendes? Cuando hicieron la primera descarga, la misma potencia radiactiva volvió hacia el generador, al mismo tiempo que estallaba todo, incluido el motor que les proporcionaba electricidad. Todo se vino abajo como un castillo de naipes.

—Ha sido… horrible…

—Desde luego que sí. Sólo imaginar lo que se proponían hacer con nosotros… contigo… Creo que me he vuelto loco.

—Para el coche, Clark.

—¿Qué dices?

—Aunque sólo sea un momento.

Él frenó y volviéndose hacia ella intentó adivinar qué le sucedía.

No fue difícil. Los ojos de la muchacha chispeaban bajo la luz de la luna. Y cuando sus labios se le acercaron, aquel brillo pareció abrasarle a su vez.

Después, cuando se besaron, ya no hubo ningún brillo porque estaban estrechamente abrazados. En realidad, ya no hubo nada; ni

el desierto, ni el terror, ni la pesadilla que había quedado atrás.

Sólo el placer, la inmensa ternura del beso que se eternizó hasta faltarles el aliento…

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Utilizó entre otros, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron, Gordon Lumas.